

10

CARLOS VII

ENTRE SUS VASALLOS,

DRAMA EN CINCO ACTOS

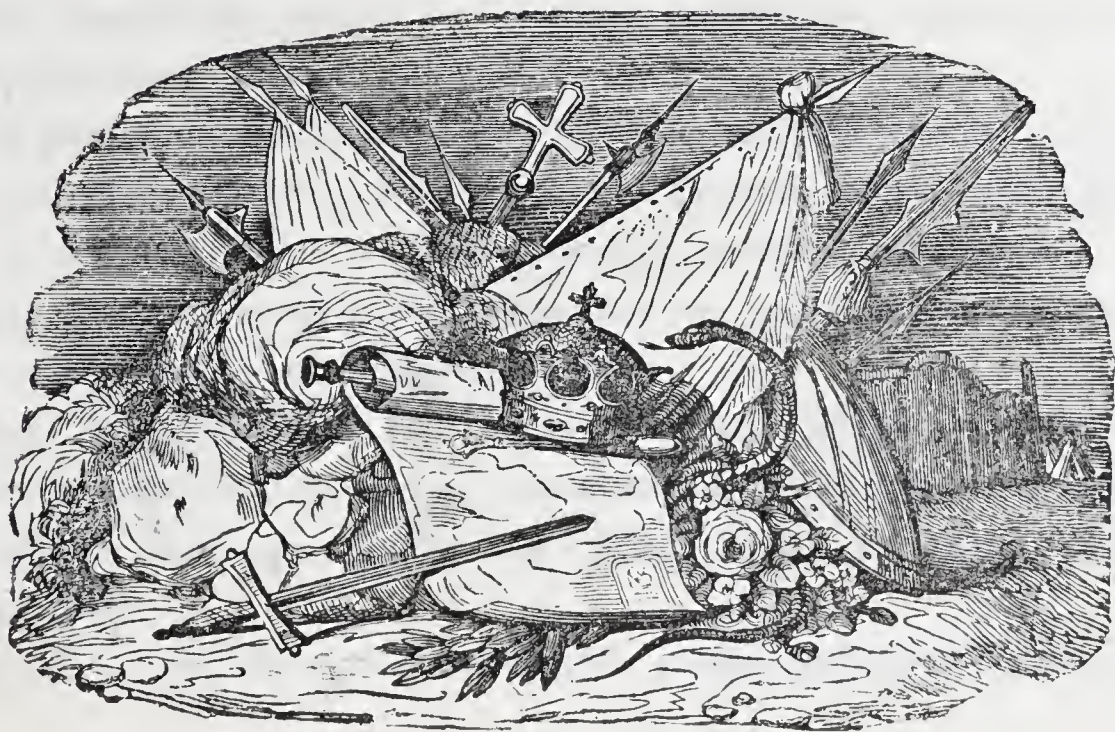
escrito en francés por ALEJANDRO DUMAS.

ARREGLADO EN VERSO AL TEATRO ESPAÑOL

por

DON VICTOR BALAGUER.

Representado en el Gran Teatro del Liceo para beneficio del galán joven de la compañía dramática D. Juan Risso.



BARCELONA,

Imprenta y librería de la Sra. Viuda é Hijos de MAYOL, editores,
calle de Fernando VII, núm. 29, frente al Teatro Nuevo.

1847

Este drama es propiedad del editor de las **JOYAS DEL TEATRO** , quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente sin su permiso en cualquiera Teatro del reino ó en cualquiera de las sociedades , liceos , etc., con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844 relativas á la propiedad de obras dramáticas.

A Doña Josefa Masanes de Goniñales.

El drama que me cabe el honor de dedicarle á V., amiga mia, es pura y simplemente una traduccion, sin embargo de que algunas personas de inteligencia hayan tenido la amabilidad de darle la importancia de un trabajo original.

Tiempo hace, señora, que manifesté á V. la idea de ocuparme en semejante obra, y recuerdo perfectamente que me instó V. á llevarla á cabo llamando en su ayuda aquella verbosidad que todos conocemos y admiramos en V., valiéndose de aquellas seductoras palabras que como lisonjas tal vez se tomarian en boca de otros y que partiendo de sus labios de Vd. son tan atractivas como irresistibles.

Juzgué que mi trabajo podria ser útil, que mi obra podria llegar á merecer la aprobacion de V. y no dejó de halagarme la idea de que un dia, tambien y á mi vez, iria yo á deponer mi humilde ofrenda á las plantas de la laureada poetisa, de la profunda pensadora.

Si semejantes ideas en mí son hijas del orgullo, permítame V. decirle que solo á V. debe achacarse toda la culpa.

En efecto, señora, V. infunde con su amistad demasiado orgullo á los que la rodean.

Es tan dulce su amistad de V., que no puede uno menos de envanecerse publicamente, por orgullo, por egoismo!

Por otra parte, tiempo hace que deseaba yo ocuparme en hacer una traduccion en verso de una de las mejores obras del teatro contemporáneo frances.

He tenido que hacer tantas traducciones al vapor, he tenido que traducir tan á diestro y siniestro sin conciencia y sin fé, que no me ha pesado, por cierto, en los pocos ratos que me han dejado libre Sue, Dumas, Feval, Hugo, Soulie etc, dedicarme á arreglar en verso para el teatro español un drama que pudiera producirme, cuando no otra cosa, el concepto de buen traductor.

Algunos, á quienes son desconocidos los secretos de mi vida privada, secretos que por otra parte tengo el mejor cuidado en reservar, me han culpado por ese afan--dicen--que me doy en traducir las novelas que á destajo producen las prensas francesas.

Ay! no saben que es para mí el suplicio de Tántalo, y que, Tántalo voluntario, continuaré con el mismo afan llenando mis agujereados cubos.

Si, pertenezco á esa falanje de traductores jornaleros, polilla de la literatura española, pero continuaré permaneciendo en ella y no separándome de sus filas, mientras que en España, y, en particular en provincia, el oficio de traductor sea una carrera y el oficio de poeta sea no mas que un oficio.

Veces hay, señora, que amargan las verdades, y veces hay asimismo, que mojaría en hiel mi pluma.

He llevado á cabo mi obra por los consejos de V. perfeccionándola -- si asi puede decirse -- con las sabias advertencias de mi respetable amigo el eminente artista D. Carlos Latorre y con las del apreciable actor D. Antonio Pizarroso.

A ellos y á V., señora, se debe el que mi traduccion haya merecido algun elogio de personas ilustradas.

A V., pues, se la dedico, amiga mia, persuadido de que la admitirá V. gozosa y de que su nombre, honrando las primeras páginas de la obra, será un taliciente para que algunos

quieran leer la produccion dedicada á la poetisa catalana, á la primera que ciñó el laurel de la gloria en sus sienes, á la cantora, en fin, cuyas sentidas trovas han merecido los aplausos de personas ilustradas y los obsequios de regios personajes.

Sucede á veces que la fachada de un monumento predispone en favor del monumento mismo, y al visitarle, al recorrer su interior, al hallar destruidas sus ilusiones, le perdona sin embargo el viajero en gracia de su exterior.

Que suceda con mi obra lo que con el monumento.

Reciba V. señora las mas leales pruebas del afecto tan invariable como fraternal que le profesa el que tiene á orgullo llamarse su mejor amigo.

Victor Balaguer.

Personajes.

Actores.

CARLOS VII rey de Francia.	D. Joaquin Arjona.
CARLOS DE SAVOYSY, señor de Signelais. . .	D. Antonio Pizarroso.
YAQOUB, jóven árabe llamado comunmente <i>el sarraceno</i>	D. Cárlos Latorre.
BERENGUELA condesa de Savoyssi.	D. ^a Bárbara Lamadrid.
INES SOREL.	Doña Dolores Perez.
JUAN bastardo de Orleans, conde de Mortain, de Dunois, de Longueville.	
ISABEL DE GRAVILLE.	
RAYMUNDO, arquero.	Sr. Maza.
ANDRES, id.	D. Juan Riso.
JUAN, id.	
EL CAPELLAN.	D. Antonio Dalmases.
BALTASAR, halconero de Rey.	
EL PLATERO DEL REY.	
UN PAJE.	
OTRO PAJE.	
UN ARQUERO.	
UN ESCUDERO DE NARBONA	
OTRO ARQUERO	

Pajes — Escuderos. — Arqueros. — Caballeros. — Halconeros.

La escena en el castillo de Signelais, en la provincia de Berry.

DECORACION.

El teatro representa una sala gótica.-- En el fondo una puerta ojiva que dá al patio con dos ventanas de vidrios pintados.-- A la derecha del espectador una puerta cubierta por una tapicería, que es el aposento de Berenguela.-- A la izquierda una chimenea.-- Junto á ella una puerta cubierta tambien por una tapicería y que dá á la cámara de honor.-- Otra puerta á la derecha que dá á los aposentos interiores.-- A cada lado y entre las puertas, panoplias del tamaño natural.-- Cerca de la chimenea un reclinatorio.

CARLOS VII ENTRE SUS VASALLOS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

VARIOS ARQUEROS *sentado en torno del hogar; YAQOUB al lado opuesto y tendido sobre una piel de tigre: por la puerta del fondo aparecen á un mismo tiempo un peregrino y el arquero ANDRES que conduce un gamo sobre su espalda.*

PEREGRINO. *(Desde el dintel de la puerta.)*

Sea el Señor con vosotros.

ANDRES. *(Pasando delante de él.)*

Entrad, entrad, peregrino.

El de Savois y mi dueño

al veros fiel y sumiso

en el dintel de su puerta,

cual ahora yo os lo digo

él os dijera también:

«Adelante, peregrino.»

PEREGRINO. *(Entrando.)*

Gracias.

YAQOUB. *(Al oír esta voz se estremece y se vuelve*

Ah! *repentinamente.)*

ANDRES. *(Continuando.)*

También diría:

«Disponed de mi castillo,

sentaos hoy á mi mesa

y en mi vaso os sirvan vino.»

Sentaos, pues, y bebed,

que por el Dios uno y trino,

nuestro dueño estando ausente

toca á nosotros decirlo.

(A los arqueros.)

Es verdad?

ARQUEROS.

Verdad.

PEREGRINO.

Lo haré,

y acreedor seré mas digno

á su hospitalario anhelo,

si me permitís, sumiso,

en el panteón de sus padres

alzar mi rezo contrito,

por sus mayores rogando

sobre sus sepulcros mismos.

ANDRES. *(A uno de los arqueros, después de haber descolgado una llave que estaba junto á la chimenea.)*

Toma esta llave y condúcele.

(Al peregrino.)

Seguidle pues, padre mío.

(Vanse el arquero y el peregrino.)

Compañeros, si hay alguno

que al nombre se haya hecho digno

de buen cazador de gamos,

diga si es plato esquisito

esta soberana pieza

que se ha presentado á tiro.

(Arroja al suelo el gamo que sostenían sus espaldas. — Todos se levantan y forman círculo, mirándolo con curiosidad.)

Mirad. — Á mas de cien pasos, y de un golpe el mas sencillo.

JUAN.

Es gamo de buena raza.

ANDRES.

Marcada su huella he visto,

y á través de espesos bosques,

de matorrales y abismos,

con astucia de serpiente

cuidadoso le he seguido.

Nada á mi afán se oponía,

traspasé torrentes, riscos,

y por ello rostro y manos

con mi sangre se han teñido.

(A Yaqoub.)

Te ries tú?

JUAN.

Déjale:

es un salvaje maldito.

YAQOUB.

Hein! *(volviéndose.)*

JUAN.

Entiende algo de caza ese perro infiel?

ANDRES.

Por Cristo!

La caza es placer tan solo

de noble y cristiano digno.

YAQOUB. *(Como hablando consigo mismo.)*

Yo era niño. Una mañana
entró mi padre abatido,
arrojó su arco y sus flechas,
y así con dolor me dijo:
«Yaqoub, este triste suelo
por Mahomet está maldito;
cada noche mi rebaño
que disminuye distingo,
y no hay duda que la leona
á mi redil ha venido:
huellas de sus tardos pasos
sobre la arena yo he visto,
y acaso en nuestras montañas
guarda su seguro asilo.»
Me callé: salió mi padre,
sus armas tomé atrevido,
sobre la tierra inclinado,
en ella los ojos fijos,
huellas busqué que me diesen
de la leona fiel indicio.
Velo en su seguimiento
yo pasé, como ella, el Nilo;
con ella entré en el desierto;
tras la esfinge de granito
del desierto centinela,
buscó ella al sol un abrigo.
Allí, cual ella, cansado
me tendí, cual ella, erguido,
cual ella me levanté
y hasta el albor vespertino
paso tras paso seguila.
El horizonte sombrío
hondas masas de tinieblas
amontonó en mi camino.
Inmóvil, el pecho anhelante,
reteniendo sus latidos,
sobre unos mares de arena
yo esperé un flotante ruido.
Entonces... oí á lo lejos
de la leona el sordo grito...
arrastréme entre las sombras
cual astuto basilisco,
hallé muy luego á mis pasos
un enorme precipicio,
y allí, en lo hondo, entre las sombras,
ví dos ojos encendidos
que inmóviles y anhelantes
se clavarón en los míos.
Ya no hube menester huellas,
ni busqué ya ningún ruido,
que estábamos cara á cara,
mirándonos de hito en hito.
Nuestro combate fué horrible,
juntóse nuestro rugido;
de uno de los dos la sangre

brotó luego como un río,
de uno de los dos bien pronto
cesaron los sordos gritos,
y cuando vino la aurora,
sus albores matutinos
alumbraron un león muerto
y un niño junto á él dormido.—
No sirva esto de modelo
pues del infiel es oficio...
La caza es placer tan solo
de noble y cristiano digno!

ANDRES.

Silencio ya, Sarraceno;
cuando de fé el pecho henchido
á cazar van á tu patria
nuestros cristianos caudillos,
tornan pues con esa caza

(Señalando á Yaqoub)

á sus solares nativos.

*(Descuelga las flechas que lleva en su cintura,
y las deja en un rincón junto con su arco.)*

Fatigado estoy por cierto!

Dadme de beber, amigos:—

qué se dice del Inglés?

(Después de haber bebido.)

Ah! Borgoñon es el vino!

contra tus hijos, Borgoña,

sin piedad ni miedo enbisto,

pues si ellos son mis contrarios,

no lo es, vive Dios! tu vino.

Qué dicen del Borgoñon?

Hay algo de nuevo, amigos?

JUAN.

Raimundo llegó.

ANDRES.

De donde?

JUAN.

Del campo francés colijo.

ANDRES.

Venga con bien, si nos dice
que ya fué el Inglés batido,
ó que algo de valor cobra
nuestro buen Rey.

JUAN.

Yo malicio

que trae de nuestro dueño
un mensaje. Así que vino,
la condesa á su aposento
hízole entrar.

ANDRES.

Pues, por Cristo,
le esperaré, que con ansia
deseo abrazarle amigo.

ESCENA II.

Dichos y RAIMUNDO que sale del aposento de la condesa.

RAIMUNDO.

Ahí le tienes, buen Andrés!

(Le tiende la mano y Andrés se la estrecha.)

Aprieta bien, por mi honor!

Eres aun cazador?

Eres aun borracho?

ANDRES. *(Mostrándole el gamo y la botella vacía.)*
Pues!

RAIMUNDO.

Bravo.

(Acercándose á Yaqoub.)

Y tú, jóven tigre?

YAQOUB.

Hein!

RAIMUNDO.

Gruñir sabes, pesi á mí!

Sin mí, muy léjos de aquí
gruñirías hoy tambien.

Yo te saqué de entre el fango
desnudo cual los reptiles,
y entre lacayos serviles
hízete obtener un rango:
te saqué de un país precito
para que te hicieses hombre,
me debes tu vida y nombre,
el pan que comes bendito:
te hice emplear con decoro
por mi dueño, y para sello
hice circundar tu cuello
con aquese collar de oro,
do claramente se ve:
«Yaqoub esclavo es aquí
de Carlos de Savois y
señor de Signelais.»
Eso me debes, esclavo;
si no te acuerdas quizá
yo haré que...

YAQOUB.

Me acuerdo ya.

Basta pues.

ANDRES. *(á Raimundo.)*

Cuéntanos, bravo
lo que dicen.

RAIMUNDO.

Por mi fé!

Ya sabreis, pues, que murió
el rey Carlos sexto?

ANDRES.

No.

RAIMUNDO.

Ni que el jóven rey ya fué

alla en Poitiers coronado?

ANDRES.

Tampoco. Aquí bajo llave
se vive, nada se sabe,
y, por Dios crucificado!
que es á nuestros intereses
contra. Cruz blanca llevamos,
y al fin con ser nos honramos
Armañagues y franceses.

RAIMUNDO.

Con que todo lo ignorais,
y nada por fin sabiendo,
mientra allí se estan batiendo
ociosos aquí os estais?

Ah! bien pronto sin salir
de tan tranquilos lugares,
lanzas vereis á millares
á la luz del sol lucir.

De soldados mil vereis
cubrirse pronto esta tierra
y sus ruidos de guerra
bien desde aquí escuchareis.
Treinta mil; gente visóna
pero en guerrear oportunos:
San Jorge! clamarán unos,
y otros gritarán: Borgoña!

ANDRES.

Treinta mil!

RAIMUNDO.

Poco es quizá
que con denuedo y con saña,
á su auxilio la Bretaña,
nuevas lanzas mandará.

ANDRES.

Males sin cuento esto encierra!

JUAN.

Pero París?

RAIMUNDO.

Se ha entregado.

ANDRES.

Su gobernador?

RAIMUNDO.

Ahorcado,
que ya Enrique el de Inglaterra,
infame y traidoramente
se proclama rey de Francia,
y con insulsa jactancia
Belford se nombra regente.

ANDRES.

Qué nos dices?

RAIMUNDO.

Por fortuna
de Suífolk, Clarence y Gray
no queda huella ninguna.
Su vida tan solo fué,

pues ante Anjers perecieron ;
y á nuestras lanzas francesas
sus armaduras inglesas
contrarestar no supieron.
Belford con Felipe y Juan
firmó un tratado. En campaña
si la Borgoña y Bretaña
prontas á unírsele estan,
fuerza es entonces que el rey
desplegando su bandera,
á la lid avance fiera
con su cortesana grey ;
fuerza es que tiemble la tierra
al paso de sus bridones ,
y que aliente á sus barones
con su fiel grito de guerra.
Con firme y santa esperanza
ármese el pueblo veloz ,
y maldito el que á su voz
no alze la espada ó la lanza.

ANDRES.

Alguien sé que como muerto
con indiferencia espera
ser de una ú otra bandera.

RAIMUNDO.

Quien pues ?

ANDRES. (*Señalando á Yaqoub.*)

Ese.

RAIMUNDO. (*Volviéndose hácia él.*)

Cierto ?

YAQOUB.

Cierto.

Si aquí mi sino me aherroja,
qué le importa á mi alma franca,
del Armañac la cruz blanca,
del Borgoñon la cruz roja ?
Ni Carlos . ni Enrique obtienen
sobre mi sangre derecho,
y poder sobre mi pecho
ni Enrique , ni Carlos tienen.
Dias , no léjos, vendrán
en que Francia ó Inglaterra
le guarde seis pies de tierra
á Yaqoub, hijo de Hassan.

RAIMUNDO.

Á menos que astuto y fiel
no te pille un buen verdugo,
y cual la tumba que plugo
reverenciar á Ismael,
tu esqueleto condenado
aloje , para consuelo,
entre la tierra y el cielo.

ANDRES. (*A Raimundo.*)

Do nuestro dueño has dejado ?

RAIMUNDO.

Una comision me dió
harto dura de cumplir.
Á Aviñon fuerza era el ir,
que un mensaje me encargó
para el Santo Padre. Escaso
de caminos , fué razon
entre Inglés y Borgoñon
abrirse seguro paso :
todo al fin lo conseguí ;
depuse el pliego en su mano,
y del padre soberano
otro en cambio recibí.

(*A Andrés.*)

Andrés, el sello repara.

(*A los demas.*)

De menos nada echareis ;
las llaves aquí vereis,
la cruz, báculo y tiara.
Persignaos.

(*Todos se persignan. Raimundo indica con el gesto á Yaqoub que haga otro tanto. Este cruza los brazos sobre su pecho, é inclina la cabeza.*)

Y tú , no ?

YAQOUB.

Jesus y Mahomet , profetas
grandes son. De qué te inquietas,
si ante ellos me inclino yo ?

RAIMUNDO. (*Sacando su puñal.*)

Si esos nombres otra vez
unes acaso con mengua,
he de arrancarte la lengua.

ANDRES.

Á qué avisarle , pardiez !
La advertencia es por demás.
Muera el blasfemo.

RAIMUNDO.

Que aquí

perezca el infiel.

TODOS. (*Abalanzándose hácia Yaqoub.*)

Sí, si.

YAQOUB. (*Se levanta, desenvaina su cimitarra y describe con ella un círculo.*)

Atrás , villanos , atrás !

Atrás por Alá , malditos !

Atrás os digo.

RAIMUNDO.

Ay de tí !

ESCENA III.

Dichos, BERENGUELA.

(*Todos se detienen al aparecer esta. Yaqoub envaina su cimitarra, cruza los brazos sobre*

el pecho, y queda en la actitud del mas profundo silencio.)

BERENGUELA.

¿A qué ese ruido? que haceis?
quien amenazais así?

ANDRES.

Es el infiel que blasfema.

BERENGUELA.

Perdonadle pues. Al fin
él no sabe lo que dice.
Dios no escucha al infeliz
que blasfema sin saberlo.
Mas... ese puñal... decid,
por qué en la mano, Raimundo,
le teneis?

RAIMUNDO.

Lo tengo así,
porque su punta encargaba
afilar.

(Lo arroja á los pies del Sarraceno.)

Yaqoub, lo ois?

BERENGUELA.

Retiraos pues ahora,
mas no tardeis en venir
porque al rezo de la noche
que asistais es fuerza. — Id.

(Vánse los arqueros.)

ESCENA IV.

BERENGUELA, YAQOUB.

BERENGUELA.

Solos estamos ya. Dime pues, presto,
Yaqoub, qué te decian?

YAQOUB.

Nada, nada.

BERENGUELA.

Que algo pasó yo leo en tu mirada!
Te han insultado? Dí, dí pues... qué es esto?

YAQOUB.

Que Alá maldecir puede, y que maldice;
que mi odio es cada dia mas profundo;
que yo maldito estoy: — Suerte infelice!
y que murió mi madre al darme al mundo!

BERENGUELA.

Desdichado!

YAQOUB.

Si, si, muy desdichado.

Si á un vasallo siguiendo vuestro dueño,
tras de él entró en la iglesia arrebatado
y á puñaladas le cosió en su empeño,
es culpa mia acaso?... Si inocente
manchó su sangre el mármol sacrosanto,

es quizá culpa mia?... Si demente
olvidó que era el templo un lugar santo,
es tambien culpa mia?... Si del cielo
por desarmar la cólera altanera,
le obligó el santo Padre con anhelo
á armar en espiacion una galera,
si con ella los mares cruzó errante
y abordó por desgracia á nuestra orilla,
si su crimen espiando delirante
nos hizo esclavos, de hombres sin mancilla,
es culpa mia aun?... Mujer, si un dia
por crimen semejante, desde el Nilo
de nuestra tribu un gefe aquí venia,
y un hijo te arrancase de tu asilo
sin tan solo escuchar tu ardiente lloro,
si le tratase allí cual siervo insano
á su cuello poniendo un collar de oro,
sobre él sentando la nervuda mano...
Oh! entonces si que vieras palpitante
con triste pecho que el pesar desgarrara,
que no entra el odio en alma delirante
cual en su vaina entró mi cimitarra.

BERENGUELA.

Yaqoub, teneis el alma entristecida.

YAQOUB. *(Melancólicamente.)*

Y qué hombre como yo ha sido dichoso?
cuando mi frente inclinase oprimida,
y entre ambas manos yo la apoyo ansioso,
cuando voy recordando lentamente
memorias dulces de feliz encanto,
oh! entonces si que olvido lo presente,
mi collar, mi prision y mi quebranto.
Me transporto al desierto,... él es mi cuna,
yo sé do guarda sus oasis hermosos,
sus guaridas conozco una por una,
su rojo sol mil rayos ardorosos
lanza abrasado en mi tostada frente,
y sobre un mar de arena; fiel, galana,
deslizarse yo veo lentamente
de creyentes la larga caravana...

(con fuego.)

Hurra! valor! marchad, caravaneros;
si hallais de vuestro viaje el fin distante,
recordad á Mahomet, fieles guerreros,
peregrino tambien y caminante.
Cual vosotros tambien viajero santo
de la Meca cien veces fué á Medina.
No recordais ahora ningun canto?
Sabeis tal vez la trova granadina
que una hechicera *almée* dulce cantaba
delante nuestra tienda, cerca el Nilo,
y aérea y bella á su compás danzaba,
mientras mi padre en ademan tranquilo
su linda frente de sudor teñida
enjugaba quizá con un tesoro,

que de zequies mil su mano henchida
le formaba una máscara con oro? —
Y no es mi padre allí gefe cualquiera!
Si cuatro dardos del carcaj, lijeros
con su arco á cuatro partes dirigiera,
cuatro tribus á darle cien guerreros
sobre árabes caballos impacientes,
tan ricos en valor como en sus galas,
el término pusieran diligentes
que el ave pone á desplegar sus alas.
(*Cayendo de rodillas y con abatimiento*)
Gracia! gracia! Mahomet! fué un sueño hermoso
durante el cual hallárame un guerrero...
Encontré al despertar hierro afrentoso
que ensangrentó mi pecho... Oh! si... yo espero
no olvidarme jamás!

(*Recogiendo el puñal que le arrojó Raimundo.*)

El hierro airado
fué este puñal. Raimundo, si, señora,
el mismo que hace poco á vuestro lado
que su punta le aguze me ha mandado,
de alma cobarde y voluntad traidora,
hirio mi pecho, encadenó mi suerte
mas ay!... este puñal será su muerte!

BERENGUELA.

No obstante, el conde para vos fué humano,
cual la suya cuidó de vuestra herida.

YAQOUB.

Al moribundo esclavo dió su mano...
En mi boca vertió el agua querida
que tan solo para él era guardada.
Toda á mí me la dió en aquel instante,
y el agua es joya allí tan apreciada
que es cada gota fiel mas que un diamante!
He ahí por qué detengo enfurecido
el huracan que dentro el pecho encierro,
he ahí por qué no vuelvo entristecido
dolores por dolor, hierro por hierro.

BERENGUELA.

Cual un amigo fiel os ha cuidado
y su mayor placer, su mayor gusto
siempre endulzar ha sido vuestro estado.

YAQOUB.

Y acaso su pais cual él es justo?
contra mí todos, ah! burlas de muerte
con gozo y con placer han dirigido.
Si el conde endulzar pudo mi cruel suerte,
endulzar á sus gentes ha podido?
El alma que se encierra en este pecho
otro sol, otro cielo necesita,
vuestro horizonte es para ella estrecho,
y aletargada en vuestro suelo habita.
Pálido es vuestro sol, vuestro aire frio,
de aqueste suelo pobres son las galas...
Yo prefiero el simoun fuerte y bravio

aunque yerto me arrastre entre sus alas.

BERENGUELA.

Yo he visto, sin embargo, en un instante
apagarse la hiel de los enojos
y encender el placer vuestro semblante
si mis ojos miraban vuestros ojos.

YAQOUB.

Oh! eso es que en vos un ángel yo miraba,
y mi alma palpitando dolorida,
su único afan en vos solo solo cifraba,
que al mirarme me dabais nueva vida:
ángel...

BERENGUELA.

Y si el ángel, bello, lozano
para vos, mas que vos triste y sombrío
pesar aquí albergase sobrehumano,
qué diriais, Yaqoub, del afan mio?

YAQOUB.

Que yo maldito soy, pues no me es dado
vuestros pesares suavizar siniestros;
solo puedo, de todos despreciado,
olvidar mis pesares por los vuestros.
Mas... escuchadme bien. Si por acaso
un hombre hubiese de terribles ojos,
que su paso siguiese vuestro paso,
que en vos enojos diesen sus enojos,
si su mirada con afan ardiente
hiciese sucumbir vuestro desnudo,
mas que proteja Mahomet su frente
preciso es señalarle con el dedo.
Yo entonces seré sombra de su sombra,
y ya estienda su manto noche umbría,
ya con lagos de fuego, roja alfombra
le tienda al sol el matutino dia,
no escapará su pecho á mi mirada,
hora y sitio hallaré para matarle...
del gran profeta la pujante espada
no bastaría, no, para librarle.

BERENGUELA.

Yaqoub, qué me decís? — qué estais diciendo?

YAQOUB.

Oh! perdon!... Olvidaba ya, señora,
pues ni sé lo que digo, ni me entiendo,
al otro defensor que aquí está ahora.

BERENGUELA.

Otro decís?

YAQOUB.

El conde.

BERENGUELA.

Aquí está el conde,
y á aquella que por él padece y vela,
pues su imagen amante el pecho esconde,
nadie á decirla va cual corresponde:
»aquí está vuestro esposo, Berenguela...?

YAQOUB.

Bajo pobre sayal un peregrino
con pies desnudos , cual en santo empeño,
á llamar á la puerta ha poco vino.
Era, señora, el conde nuestro dueño.

BERENGUELA.

Seguro estás , Yaqoub ?

YAQOUB.

Oh ! muy seguro ;
no el eco de su voz conozco en vano.
Cuando bajo horizonte inmenso , oscuro,
perdido allá , en arenal lejano,
árabe errante su viajata emprende,
incierto ni un rumor llega á su oído...
Todas las voces del desierto aprende,
aprendiendo á estudiar el menor ruido.
Del salvaje chakal grito agorero,
del río el melancólico murmullo,
de la brisa el quejido lastimero
el nopal al mecer con suave arrullo,
cuanto en la brisa ó en las sombras pase
de su mente se clava en los dobleces,...
¿Cómo quisierais pues , que yo olvidase
la voz que hirió mi oído tantas veces ?

BERENGUELA.

Ah ! ya mi mente á comprender comienza...
aquí citó mi esposo al fiel arquero...
disfrazado llegó... si... si ! vergüenza !
La carta del pontífice, primero
habrá querido leer... Ese es mi sino !
todo lo acierto, todo lo adivino !
Perdida ya mi paz y mi alegría
sola me quedo , en lágrimas bañada !
Yaqoub ! Yaqoub ! si , si... bien os decia
que era yo mas que vos infortunada.

YAQOUB.

No comprendo... decid.

BERENGUELA.

Callad ahora,
del rezo nocturnal sonó la hora,
y el capellan para rezar avanza.
Yaqoub, sea cual sea el Dios clemente
en cuya fé creais , cuya esperanza
doblegar haga vuestra altiva frente,
si es Dios que compadezca los pesares,
si es Dios de caridad, paz y concordia,
prosternaos, Yaqoub, en sus altares,
pedidle para mí misericordia !

ESCENA V.

*Dichos, EL CAPELLAN , RAIMUNDO , ANDRES,
arqueros, criados y escuderos.*

CAPELLAN. (*Después de haber dejado una biblia
sobre el reclinatorio.*)

Estais todos aquí ?

BERENGUELA.

Si, padre mio.

CAPELLAN.

Habeis rogado á Dios esta mañana
que á Carlos , nuestro rey y nuestro dueño,
conceda amante su divina gracia ?

BERENGUELA.

Si, padre mio, si.

CAPELLAN.

Y habeis rogado
para que salve Dios las pobres almas
que sufren pecadoras su condena
envueltas del infierno con las llamas ?

BERENGUELA.

Si, padre.

CAPELLAN.

Habeis pedido á Dios que colme
de nuestro dueño las amantes ansias,
y que un hijo le nazca, que sostenga
el nombre y esplendor de su prosapia ?

BERENGUELA.

Si, padre, si.

CAPELLAN.

Pues bien, oid ahora
del que consuela la palabra santa.

Génesis , — Capítulo 16.

1. Sara empero, mujer de Abraham no ha-
bia parido hijos : mas teniendo una esclava egip-
cia llamada Agar,

2. Dijo á su marido : Ya ves que Dios me
ha hecho esteril...

BERENGUELA. (*Interrumpiéndole.*)

Padre , esteril á mí tambien me hizo,
maldiciéndome acaso como á Sara.

CAPELLAN (*Continuando.*)

Despósate con mi esclava , por si á lo menos
lográs tener hijos de ella ; y como Abraham
cediese á sus instancias,

3. Tomo Sara á Agar su esclava egipcia, al
cabo de diez años que moraban juntos en tier-
ra de Chanaan , y dióselas por mujer á su es-
poso.

BERENGUELA. (*Cayendo de rodillas.*)

Exige Dios de mí tal sacrificio ?

CAPELLAN.

De rodillas , mis hijos , é inclinada
la cabeza tened por que os bendiga,
y Dios os dé su soberana gracia.

(*Arrodíllanse todos.*)

RAIMUNDO.

Padre , esperad. Alguno de nosotros
parece no escuchar vuestras palabras.
(*Dirigiéndose á Yaqoub que , extraño á lo que
pasa y sin reparar en los demás , se ha en-*

tretenido desde el principio en aguzar la punta del puñal arrojado por Raimundo en la escena 3.^a)

De rodillas, esclavo !... lo has oído ?

De rodillas te digo, vil canalla !

YAQOUB. (*Mirándole de hito en hito y hablándole con aparente calma.*)

Arquero, hanme dicho que el rey Carlos á sus nobles barones, que le acatan, órdenes da que aquellos obedecen ; que esos barones, de leal prosapia ordenan á su vez al escudero, que su destino con servicios paga ; que el escudero al transmitir las órdenes que por sus nobles dueños fueron dadas, al arquero que escucha silencioso á su turno tambien ordena y manda ; mas quien jamás ha dicho que el arquero, el arquero, repito, que no es nada, á otros que á su perro, con orgullo sus órdenes dirija y sus palabras ?

RAIMUNDO.

Modelo sea pues tu ejemplo mismo : Sarraceno, obedece á quien te manda...

Quien dice Sarraceno, dice perro...

(*Yaqoub se levanta precipitadamente, acércase á Raimundo y le hiere con el puñal que estaba aguzando. Raimundo cae.*)

RAIMUNDO.

Condenacion !

YAQOUB.

Arquero, te olvidabas que dientes de metal esconde el perro para morder ?

LOS ARQUEROS. (*aproximándose.*)

Raimundo !

YAQOUB. (*Sacando con viveza su cimitarra y describiendo con ella un círculo en torno suyo y del arquero.*)

Atrás, canalla:

su vida pertenece todo entera al Sarraceno que su muerte aguarda. Quien me robe una gota de su sangre, arqueros, con su sangre me la paga. Nadie avance, ó por Dios y su profeta, que probará mi corva cimitarra.

(*Poniendo una rodilla en tierra y acercándose á Raimundo que lucha con su agonía.*)

Raimundo, llegó tu vez ; te tengo á mis pies tendido, como á los tuyos, herido me contempló tu altivez. Tu eres el reo, yo el juez. De mi odio en la balanza pesaba yo la tardanza

que experimenté en vengarme, mas tu has venido á insultarme y he cumplido mi venganza.

Oh ! no evites mi mirada ! no ! no des diente con diente ! leer debes en mi frente una venganza ignorada en cada arruga grabada. En tu mirada indecisa ya la muerte se divisa, y aun que aquí tu muerte espero... tu agonía es corta. — Arquero, mueres demasiado aprisa !

RAIMUNDO. (*Agitando con la mano la carta del Santo Padre.*)

Para el... con... de... (*Muere.*)

YAQOUB. (*Rechazando el cadáver con el pié.*)

Hasta el fin esclavo y siervo. (*Á los arqueros.*)

El leon no tiene hambre: — retiradlo.

ESCENA VI.

Dichos, CARLOS DE SAVOISY, que aparece repentinamente en el umbral de la puerta con su traje de peregrino.

CARLOS.

Qué es esto que aquí observo ?

Por los *chevrone*s de oro, que las armas de mis padres han sido, habeis dado al olvido,

vosotros que gritais con tanto empeño, que nadie alza la voz, si aquí está el dueño?

(*Arroja su ropon y sombrero de peregrino y aparece armado de todas armas.*)

De quien es esa carta ?

(*Recoge la carta del papa.*)

Qué hace ese hombre ?

(*Acercándose y reconociéndole.*)

Raimundo!.. muerto!.. muerto está mi arquero!

Por mi escudo y mi nombre, (y jamás juro por mi nombre en vano)

sus viles asesinos astillas ha de hacer mi propia mano. —

Que mi mente se entere, nombrad al matador... y bien?... nombradle.

YAQOUB. (*Adelantándose y con firmeza.*)

Dueño, yo soy ; aquí me tienes... hiere!

CARLOS. (*Desenvainando á medias su espada.*)

Repite lo que has dicho y eres muerto.

YAQOUB.

Diez años han pasado des que á tu vista me condujo un dia,

por su puñal mi pecho atravesado.

(*Descubriendo su pecho.*)

La señal de mi herida

aquí tienes. Mira ahora

si en su pecho mi mano previsor

el mismo sitio para herirle ha hallado.

(*Descubre el pecho de Raimundo y muestra á*

Savoisy su herida y la del arquero.)

Mi mano solamente

el hierro con mas bríos ha empujado,

y mas diestra, mas sabia, mas segura,

ha herido mortalmente.

CARLOS.

Bien está. La esperanza

que abrigo de matar al asesino

nunca el crimen iguala á la venganza.

Envainaré mi acero,

y pues que á Dios le plugo,

severo no echaré sobre mis hombros

la carga del verdugo.

Somos conde y señor de horea y cuchillo,

justicia pues haremos,

y ante nuestros vasallos

la venganza ó el crimen juzgaremos.

(*Contemplando el cadáver.*)

Á Dios, mi servidor; á Dios, mi amigo!

tú corazon la muerte hirió temprano...

Yo pensaba morir junto contigo

al frente del inglés, espada en mano,

ejemplo dando al orbe, al enemigo,

que jamás un guerrero muere en vano,

mas Dios hoy abre tu ignorada huesa...

Bendito es Dios; su voluntad es esa!

(*enjugándose los ojos.*)

(*Dirigiéndose á un paje.*)

Toma un caballo, paje: á toda prisa

encamínate á Bourges, do se hospeda

nuestro Rey con su hueste cortesana;

dile que iré mañana,

y al rendirle tributo y homenaje,

cuenta daré tambien de mi mensaje.

(*Á los arqueros.*)

Guardad al asesino;

no os propaseis á maltratarle osados!

(*Al capellan, sin mirar á Berenguela que le*

abre los brazos.)

Venid, padre, venid.

(*Sale.*)

BERENGUELA.

Ni una palabra!

(*Á Yaqoub.*)

Ambos á dos estamos condenados!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

BERENGUELA, UN PAJE *entrando.*

BERENGUELA.

Que venga á esta sala al punto,

le habeis dicho al capellan,

pues impaciente le espero...?

PAJE.

Señora, al punto vendrá.

BERENGUELA.

Estaba con él el conde?

PAJE.

Le acababa de dejar.

BERENGUELA.

Está bien; dejadme sola,

nada necesito ya.

(*Se va el paje.*)

Si, si, Dios mio!... nada necesito,

abandonada en este triste suelo,

en este mundo árido, infinito,

mas que un poco de amor y de consuelo!

De consuelo, Señor!... Señor, imploro

tu divina bondad, tu afecto santo...

bondoso enjuga mi incesante lloro,

piadoso calma mi eternal quebranto!

ESCENA II.

BERENGUELA, EL CAPELLAN.

CAPELLAN.

Hija mia!...

BERENGUELA. (*ap.*)

Hele ahí. Su rostro y frente,
hoy austeros encuentro mas que nunca.

(*Alto.*)

Á vuestra hija calmad, si, padre mio!

su alma emponzoña la fatal angustia.

Por tres meses el conde ha estado ausente,

y al volverle á mis brazos la fortuna

ni solo una palabra le he escuchado

que amorosa templara mi amargura.

CAPELLAN.

Sufrid, dice el señor á los mortales,

que á los que en el sufrir su vida apuran,
yo guardo, como premio á sus virtudes
un cielo eterno de eternal ventura.

BERENGUELA.

Padre, soy débil : que me habéis espero,
no de ese modo que mi pecho asusta,
sino de modo, padre, que consuele
este acerbo dolor que mi alma abruma.

CAPELLAN.

Y si yo no pudiese, hija querida,
hablaros de otro modo en tal tristura?...
Decid pues, como yo : Dichosa suerte
ha cabido, Señor, á la hija augusta
que, escogida por vos entre las otras,
de un claustro ha conocido la paz suma,
y allí ha elevado sus fervientes ruegos
al que es Dios y Señor de las alturas!

BERENGUELA.

Pero solo las vírgenes y huérfanas
á las celdas de un claustro se refugian...
yo tengo esposo, padre...

CAPELLAN.

En este sitio
paloma abandonada en la amargura,
no teneis otro esposo que el Dios santo
que desde el cielo vuestra voz escucha.

BERENGUELA.

Pero padre, ese Dios, ese Dios mismo,
que su piedad y afecto me rehusa,
nuestros lazos formó...

CAPELLAN.

Y hoy los deshace.
(*Enseñándole la carta del santo padre que pa-
ra el conde trajo Raimundo.*)

BERENGUELA.

Un acto de divorcio ! oh !... no hay duda!...
y porque de Aviñon, ó bien de Roma
escribe un hombre... porque en fin, en suma,
el santo padre es solo un hombre... acaso
romperse nuestros lazos podrán nunca?

CAPELLAN.

Olvidasteis que Dios dijo á ese hombre,
«Unid y desunid?» Pues Dios os juzga
digna de alzar la palma del martirio
alzado, hija, también la frente pura.
No hagais como la encina que altanera
por desafiar al cielo acaso pugna,
y se rompe por fin, y solo muestra,
de las hojas y ramas ya desnuda,
que pasó por encima de su frente
la cólera de Dios airada y justa.

BERENGUELA.

Y si á mi nuevo sino me someto,
herida el alma por mortal angustia,
cuando debo partir?

CAPELLAN.

Mañana mismo

BERENGUELA.

Sin ver al conde ?

CAPELLAN.

Bueno así lo juzga.
Aquí su fallo dar el conde debe

BERENGUELA.

Cual?

CAPELLAN.

Contra el asesino...

BERENGUELA.

Ah! sí, no hay duda,
la otra víctima, si... Yaqoub. — Decidme,
al crearnos á los dos su mano augusta
junto al Loire uno, junto al Nilo el otro,
creeis que Dios, que todo lo sojuzga,
leer pudiese en porvenir lejano
que ambos á dos, la frente baja y mustia,
de un mismo hombre, tal vez un mismo día,
debiéramos oír sentencia injusta,
por rasgar con su mano ese contento
que Dios concede á todas sus criaturas?
y que ese hombre, dueño y soberano
de los dos infelices sin ayuda,
guardase para mí la afrenta aleve,
guardase para él la muerte dura?
Decid, padre, lo creeis?

CAPELLAN.

Así lo creo.

BERENGUELA.

Y si ese Dios que al débil siempre ayuda
trocar deseado hubiese nuestra vida
en otra vida llena de dulzura
tenia tal poder?

CAPELLAN.

Todo lo puede
del Rey del mundo la potencia suma.

BERENGUELA.

Dichoso entonces el infiel esclavo !
que pues cristiano no es, una por una
maldecir puede de su triste vida
las horas todas de mortal angustia.

CAPELLAN. (*En tono de reprension.*)

Hija mia!

BERENGUELA.

Escuchad : no hay en mi pecho
pasion, deseo, ni esperanza alguna
que vos no conozcais, que á vuestros ojos
pueda un solo momento estar oculta...
como en un libro abierto leeis en mi alma:
vos me velasteis en mi alegre cuna,
vos me entregasteis al amante esposo
que hoy desprecia mis ruegos y mis súplicas;
vos, pues, que conocéis de mi alma toda

los arcanos y penas mas ocultas,
vos, pues, que lo sabeis, decid en alta,
inteligible voz, si ha habido nunca
un solo pensamiento en esta esposa,
que reprender pudiera con voz justa
el esposo vendido y engañado
por ciega ingratitud ó torpe astucia?

CAPELLAN.

Ni uno solo, lo juro!

BERENGUELA.

Y si el infame
roto no hubiese nuestros lazos nunca,
y con constante amor pagado hubiese
mi amor, y mi pasion, y mi ternura,
creeis que el dia del final juicio,
de Dios á la presencia siempre augusta
comparecer pudiera aquesta esposa
con tranquila conciencia y frente pura?

CAPELLAN.

Lo creo así, hija mia. En este punto
mi conviccion es sincera y profunda.
Mas por que preguntar?...

BERENGUELA.

Me era preciso
de eso que me decís estar segura,
pues si acaso la fuerza me abandona
sumida en el dolor que así me abruma,
pueda la falta que mi vida manche
ligera ser á mi ignorada tumba.

CAPELLAN.

Qué decís, hija mia!

BERENGUELA.

Que si acaso
un momento de olvido mi alma ofusca,
depositar podré con frente erguida,
pues vuestro propio labio lo asegura,
veinticinco años de virtud mas santa
á los pies del Señor de las alturas.

ESCENA III.

EL CAPELLAN *enseguida* EL CONDE.

CAPELLAN.

Vete, si, pobre criatura,
y Dios perdone al culpado!
Jamás corazon angélico
abrigó, piadoso y casto,
mas peregrina pureza,
mas candor, ni mas encanto!

CONDE. (*Entrando.*)

Padre...

CAPELLAN.

Señor!

CONDE.

La habeis visto?

Mucho, padre, habrá llorado,
mucho la infelice niña
al hallar tal desengaño
habrá sentido su pecho
por el pesar desgarrado.

CAPELLAN.

No he tenido que luchar
con su acerbo y triste llanto,
que resignada á su suerte
estaba ya de antemano.
Desde que la infeliz niña
hace algun tiempo ha notado
vuestro desprecio, señor...

CONDE.

Desprecio! padre, callaos!
Si el nombre de mis abuelos
á un hijo hubiese pasado,
si nuestro pobre pais
entre tan revueltos bandos,
no pidiese defensores,
defensores denodados,
pues que se lleva la muerte
á los guerreros mas bravos,
á los mas valientes hombres,
á los mas fieles soldados,
si al pobre suelo de Francia
no fuese ya necesario
darle niños, pues la guerra
de muertos siembra los campos,
si aquesto no fuese, oh padre!
tranquilo hubiera mirado
el que un hijo no me diese
para consuelo y amparo:
y antes que afligir al ángel
que tanto adoro é idolatro,
mi raza entera extinguirse
con gusto hubiera mirado,
de la memoria del hombre
mi ilustre nombre borrando.
Pero... no hablemos ya de esto;
del juicio la hora ha dado.
Abrid á todos la puerta.

CAPELLAN.

Á todos, señor?

CONDE.

Es claro.

Importa que todos puedan
libremente oir mi fallo.
Derecho tiene cada uno,
derecho muy justo y santo,
de juzgar, cual Dios, al juez
si en algo quizá ha faltado.

ESCENA IV.

Dichos, YAQOUB entre los arqueros; todos los que componen la casa del conde.

(Un PAJE entrando).

Monseñor !

CONDE.

Silencio ahora.

(Reconociendo al paje que ha enviado á Bourges.)

Ah ! Godofredo , sois vos ?

Luego , mas tarde direis...

PAJE.

El rey Carlos , monseñor , en persona viene á veros...

CONDE.

Nuestro Rey !... Sin dilacion que salgan á recibirle al punto todos... mas... no , queden todos en su sitio , que nuestro rey y señor bueno es que sepa á su turno como hago justicia yo.

(Al paje.)

Sea el rey introducido , cuando llegue , á este salon , cual si fuese cualquier otro , sin ruido y sin esplendor.

(Sale el paje.)

Si mientras hago justicia llega el rey á mi mansion , el rey es solo mi huesped , y entonces el rey soy yo.

ESCENA V.

Dichos, EL REY , INÉS, comitiva del rey.

Entrega el rey á un halconero el halcon que lleva en el puño , y quédase en pié mientras dura el juicio , al lado de Inés , y rodeado de su servidumbre.)

CONDE.

A fin que todos sepan por qué segur y tajo preparados allá en mi pátio se hallan , y presentes mis buenos servidores por qué observan y callan ; ayer , en esta sala donde estamos , un hombre aquí tendido , traidoramente herido , por el suelo su cuerpo revolcaba y entre mortales ansias espiraba. El que causó su muerte no fué su vencedor , fué su asesino.

Conocerle intenté , y audaz silencio solo reinó ; mas á mí encuentro vino un hombre osado , que en su osado empeño , «hiere—me dijo—aquí me tienes . dueño ? Verdad ha dicho ?... hablad.

JUAN.

Verdad ha dicho

OTRO ARQUERO.

El asesino de Raimundo el bravo.

JUAN.

De Raimundo el arquero.

SEGUNDO ARQUERO.

Si , el esclavo.

le asesinó.

CONDE.

Bien : basta ya ; silencio !

JUAN.

Nadie mas bravo entre nosotros se halla : no es cierto , arqueros ?

TODOS.

Cierto.

YAQOUB *(volviéndose)*.

Vuestro dueño

Silencio ha dicho. Obedeced , canalla !

(Silencio profundo entre los arqueros)

CONDE.

Qué causa promovió tal alboroto ?

YAQOUB.

Alboroto ? no , no ; fué un odio ardiente de pasado por cierto bien remoto , á mi alma , sin embargo , bien presente. Sabes , dueño , lo que es , inestinguible sentir odio en el alma ? es el infierno , es sentir un volcan siempre terrible , voraz , abrasador , ardiente , eterno : es una voz , remedo de un gemido , es una voz , del alma centinela , que grita sin cesar á nuestro oido : «No duermas , no , que tu enemigo vela!»

Cuando con sangre humana se ha regado solo una piedra de feudal guarida , en pos del asesino , va el criado para borrar la sangre allí vertida. No así sucede en nuestra tierra ardiente : desde tan solo un hombre ha sido herido por mano tan audaz como imprudente , desde la arena sangre se ha bebido , desde el color allí ya se ha impregnado , de años puede pasar larga cadena , por siempre allí se quedará grabado , sangre por siempre quedará en la arena. Pues bien ; en el desierto todavía hay un lugar , oculto al ojo humano , en que , diez años hace , sangre mia vertió Raimundo con traidora mano.

Diez años hace que vengarme espero ;
mi venganza cumplí : murió el arquero.
Por enemigo siempre le he tenido ,
por enemigo siempre le mirara ,
ni su pan ni su sal he compartido ,
que si olvidado , de otro modo obrara ,
de mi ley el precepto soberano
entonces me lo daba por hermano.

CONDE.

Y bien , si yo el perdon te concediese ,
á la venganza tú renunciarias ?
si tu alma satisfecha ya estuviese
tranquilo en tu cadena quedarias ?

YAQOUB.

Mentiria si acaso lo juraba ,
A un hombre ha muerto mi tenaz empeño ;
no me basta : eran dos los que yo odiaba.

CONDE.

Y quién es pues el otro , quién ?

YAQOUB.

Tú , dueño.

CONDE.

Por mi santo patron ! Y mis bondades
así me recompensa tu arrogancia ?
Así de tu cariño me persuades ?
No ha sido madre para tí la Francia ?

YAQOUB.

Oyeme bien : cuando el poder fecundo
del grande Alá en dos partes dividiera
todo ese espacio que se llama mundo ,
á sus queridos árabes dijera :
« El oriente tomad , sois mis mayores :
de Tanjer á Golconda os doy el suelo ,
y os doy todo ese Eden de bellas flores
que nada envidia al otro Eden del cielo. »
A vuestros padres en seguida hablando :
« Tomad vosotros , dijo , el Occidente. »

CONDE.

Quieres decirme , pues , que al que robando
el pais de tu amor á tu alma ardiente
para darte de esclavo la cadena ,
de Raimundo le guardas igual suerte ?...

YAQOUB (*Con profunda melancolía*).

Tendido yo á tus plantas en la arena
luchaba , dueño , un dia con la muerte.
Me abrasaba la sed , agua pedia ..
cuanta habia en tu odre me ofreciste...
en mi pecho tambien desde aquel dia
la gratitud mas santa me infundiste ,
y este el motivo , la razon es esta ,
porque al igual del ya difunto arquero ,
no fué mi mano para tí funesta.

CONDE.

Y si yo te dijese ; « rompe fiero
la cadena que aquí te tiene esclavo ,

torna á la orilla del undoso Nilo ,
entona el canto de ese pueblo bravo
que torna á su pais ; parte tranquilo
al suelo cuyo sol te alumbró un dia ,
toma oro , parte pues !...

YAQOUB.

No partiria.

CONDE.

Qué te detiene en un lugar maldito ?

YAQOUB.

Es mi secreto , dueño ; y pues me plugo
no partir ni decirlo , mi delito
haz que juzgue cuanto antes el verdugo.]

CONDE.

Sea pues.

(*Al capellan.*)

Padre , en ese libro santo
está de mis abuelos consignada
la espresa voluntad , y por lo tanto
sea en él mi sentencia colocada.
Escribid.

(*El capellan toma la biblia y escribe en su margen lo que el conde dicta.*)

CONDE (*dictando*)

Hoy veinte de Agosto , estando aquí presente el rey Cárlos séptimo , sin temor y remordimiento hemos pronunciado contra Yaqoub Ben-Hassan la sentencia de muerte. Al ejecutor , que ya lo reclama , hemos en seguida abandonado el cuerpo : perdone Dios el alma.

(*representando.*)

Dadme pues.

(*Toma la biblia y firma.*)

Llevalle ahora.

(*El rey atraviesa el teatro y se dirige al sitio que ocupaba el conde.*)

REY.

Aguardad , aguardad ,... que todavía
para el esclavo no sonó la hora.

(*Hace señal al capellan para escribir lo que dicta.*)

« Usando del derecho que en todos tiempos ha tenido nuestra real estirpe , nos Carlos séptimo hemos perdonado al reo. »

(*El conde hace un movimiento de asombro*)

Rebelde , impedir quieres...

CONDE.

No , á fé mia :

no , señor.

INÉS. (*Poniendo coquetamente su brazo derecho sobre el hombro del rey.*)

Monseñor , sois grande y bueno !

REY (*al conde.*)

Huesped , concibo bien tu repugnancia.
Juzgas que pongo á tu sentencia freno ?

Qué quieres! rara vez ser rey de Francia ambiciono. Perdona pues, si acaso quiero hoy ser rey para salir del paso. Voy á ofrecerte un medio de vengarte de ese esclavo, asesino en tu morada.

Dámele! que yo en cambio ofrezco darte una yegua normanda y adiesirada, ó el perro, de mis perros el mas raro.

Yaqoub, que piensas de esto?

(Yaqoub arranca un puñal de uno de los trofeos de armas que inmediatos tiene, y levanta el brazo para herirse.)

YAQOUB.

Solo pienso que un cadaver pagais bastante caro.

(Berenguela levanta, sin ser vista, la tapiceria de la puerta inmediata á la cual está Yaqoub, y desliza hasta el oido del esclavo la siguiente palabra, que basta para detener su accion.)

BERENGUELA.

Vivid!

(La condesa desaparece.)

CONDE.

Oh! detenedle!

YAQOUB (arrojando el puñal, y con la mayor sangre fria).

No; indefenso me tienes ya.

REY.

Bien: no olvideis, señores, que es á contar desde hoy ese hombre mio. (Hace seña á todos los que están en la escena de retirarse.)

YAQOUB (á sí mismo.)

Háme dicho que viva!

REY. (A Inés que hace ademán de retirarse.)

Mis amores, luz de mis ojos, cuya luz espio, me abandonas tambien?

INÉS.

Si, porque el conde cuenta os dará de un emprendido viaje á Rennes, á Bretaña, no sé donde, portador, si no mienten, de un mensaje. (El rey le dá la mano acompañándola hasta la puerta de su habitacion. Con ella se marcha parte de la servidumbre del rey: los demás salen por el foro.)

ESCENA VI.

El REY. el CONDE.

REY.

Puédesme ahora decir

qué interés, por vida mia, te ha hecho tu castellania en tal cima construir? Tanto que el que á visitar tu casa esté decidido, se puede ya preparar por esa roca á trepar cual de águila tras un nido: y eso aun sin advertir, que si quisieses traidor ser á tu rey y señor, no habia aquí de subir para imponerte la ley, que bien fuertes son tus muros para resistir, seguros, á un ejército de Rey.

CONDE.

Teneis razon en verdad: pero aquesta ciudadela, del honor es centinela y albergue de la lealtad.

REY.

Cuantos, conde, me han hablado como tú, sinceramente, y luego traidoramente á su palabra han faltado!

CONDE.

Si no hais de tener recelos al panteon podeis bajar, que hemos, señor, de encontrar doce allí de mis abuelos. Bajad conmigo á su encierro, que allí están todos tendidos sobre sus tumbas, dormidos, con sus sudarios de hierro. Id, pues, magestad real, buscad con mano segura la herida, que la armadura traspasó de cada cual, y ha de probaros su herida, que cada uno de los nuestros por alguno de los vuestros perdiera, señor, la vida. Por vuestro padre murió, magestad, el padre mio, y tambien por vos, lo fio, peleando moriré yo: y mas tarde, con valor, por el vuestro morirá, si acaso un hijo me dá de tierra y cielo el señor.

REY.

Savoysi, miradnos bien: hallando siempre enemigos. contamos pocos amigos

de nuestro trono sosten.
Cada hora nos abandona
algun vasallo feudal
que como joya vital
cae de nuestra corona :
al que ayer fué nuestro amigo
con adhesion y valor ,
hoy le encontramos traidor
vasallo del enemigo.
Pues bien , decid la verdad ,
aunque de traicion rodeado
hemos acaso dudado ,
buen conde , de tu lealtad ?
Y si quizá Savoy'sí
rebelde quisiera sernos ,
muy bien pudiera vendernos ,
que él solo es el rey aquí.
Cuales pues , son los guerreros ,
que me escoltan en mi viaje ?
Tan solo una dama , un paje ,
un bufon , tres halconeros.
Y á mas , si duda te queda ,
resistir puedo certero
á tu vestido de acero
con mi vestido de seda ?

CONDE.

Acaso fuera mejor
que la seda que en vos se halla ,
por un traje de batalla
trocarais pronto , señor.

REY. *(con abandono)*

Á tu casa , buen amigo ,
tan solo me he refugiado ,
pues necesito , ayudado
hacer frente á mi enemigo.

Me ayudarás , no es verdad ?

CONDE.

Pronta tengo ya mi espada ,
que nada me arredra , nada ,
para probar mi lealtad.

Á su encuentro , pues , iremos ?

REY.

No por cierto , conde , no ,
porque siempre me arredró :
evitarle es lo que haremos.

CONDE *(haciendo un movimiento.)*

Decid quien es , pues , señor ?

REY.

El fastidio.

CONDE *(friamente.)*

Yo pensaba .

que si á mi casa llegaba
el rey , haciéndome honor ,
era por ver si el tratado
por el cual fuera á Bretaña ,

Juan sexto habia aceptado.

REY.

Qué quieres ?—Es cosa estraña !
mas... mi pobre embajador ,
cuando supe tu venida ,
me acordé de tu partida.

CONDE.

Mas para algo , monseñor ,
sin duda en mi casa os veo ?

REY.

Si por cierto ,...y te reclamo
tus anchos bosques , que un gamo
cazar en ellos deseo.

CONDE *(A media voz.)*

Que nos proteja el señor !

REY *(Con seriedad.)*

Buen conde , qué murmurais ?
Hablad alto , si gustais...

INÉS *(Apareciendo en el umbral de la puerta.)*

Venís pronto , monseñer ?

REY *(Sonriendo.)*

Ya lo ves , Inés me llama !

CONDE *(Como queriéndole detener.)*

Señor...! REY.

La hospitalidad
me niega la libertad
de ir á hablar con una dama ?

*(El conde hace un imperceptible movimiento de
hombros y saluda al Rey , que le devuelve su
sáludo friamente , y se marcha con Inés.)*

ESCENA VII.

EL CONDE.

Vete , monarca , vé ; duerme risueño
de esa mujer en los marmóreos brazos ,
yo velaré tu voluptuoso sueño ,
y si acaso la Francia , hecha pedazos ,
pregunta un dia donde está su dueño ,
que no desata sus mortales lazos ,
yo la diré : « silencio , descreida ,
no despiertes ni al rey ni á su querida ! »

(Suenan las doce ; el conde escucha.)

Las doce !.. Magestad , duerme en el seno
de esa mujer , que con su beso ardiente ,
sin pudor ni amistad , sin ley ni freno ,
impúdica tal vez mancha tu frente :
apura de su amor todo el veneno ,
apura de sus goces el presente...
Yo en tanto , magestad , velo á tu puerta !
Dormir ya puedes.

(Acercándose á la puerta del fondo.)

Centinela , alerta !

*(Se repite este grito de distancia en distancia
hasta que se pierde á lo léjos.—Cae el telon.)*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

*El CONDE velando á la puerta del rey : ANDRES
en pié junto á la puerta del fondo.*

(Amanece.)

*En el momento de levantarse el telon, óyese el
ruido de la bocina.*

CONDE.

De qué proviene ese ruido?

ANDRES.

Señor, será la bocina.

CONDE.

Y en el puente levadizo
nadie se halla todavía?

ANDRES.

Puse en la torre dos hombres
con terminante consigna.

(Mirando hácia adentro.)

Ya abren... entra un escudero,
si no me engaña la vista,
con las armas de Narbona
Y aquí, señor, se encamina.

ESCENA II.

Dichos y el ESCUDERO con un pliego en la mano

ESCUDERO. *(á Andrés.)*

Donde está el conde?

CONDE.

Aquí está:

y decidme, el escudero,
el buen Narbona, yo espero
que fuerte se sostendrá?

ESCUDERO.

Fuerte se sostiene, si,
y me ha hecho emprender el viage
para daros el mensaje
con el cual me veis aquí.

CONDE. *(Después de haber leído.)*

Prisa tiene vuestro dueño,
pero unirme á él mañana,
cual en pedirme se afana,
me priva un sagrado empeño.

ESCUDERO.

Á los ingleses guerreros
el combate presentara,
si el socorro le ayudara
de vuestra lanza y arqueros.

CONDE.

Contestacion llevareis.

(á Andrés.)

Cuidad de este bravo ahora

(al escudero.)

Dentro poco, sin demora
con mi carta partireis.

*(Andrés acompaña al escudero hasta la puerta
y vuelve.)*

ESCENA III.

EL CONDE, ANDRES.

CONDE.

Escucha, Andres; de tu celo
hoy necesito una muestra.

ANDRES.

Mandad, señor.

CONDE.

De Graville
conoces la fortaleza?

ANDRES.

Yo lo creo, Monseñor:
y para daros mas prueba,
cuando murió el noble conde
de Crevent en la reyerta,
yo mismo fuí el portador
de tan desastrosa nueva...
Ver me parece á su hija...
Qué bella, señor, que bella!
Cuando lloró...

CONDE.

Segun eso,
tú conoces á Isabela?

ANDRES.

Sí, Monseñor.

CONDE.

Pues entonces
parte, no mas te detengas,
y en mi nombre esta sortija
la darás.

ANDRES.

Bueno.

CONDE.

Prevenla
que á buscarla te diriges,
y aquí volverás con ella

ANDRES.

sin retardo... hoy mismo. Entiendes?
Señor, al pié de la letra
lo he de cumplir.

CONDE

Cuando la hables
has de llamarla condesa.
Cuenta con ello.

ANDRES.

Lo haré
como Monseñor lo ordena.
Otra cosa me mandais?

CONDE.

Si por cierto... más... espera...

*(Deteniéndose y mirando con temor hácia el
apuesto de Berenguela como si algo hubiese
oido.)*

Habia creído... no es nada...
Dí al Sarraceno que venga.

ANDRES.

Embozado en su albornoz
ha estado la noche entera
tendido allí.

(Dirígese al fondo y llama á Yaqoub.)

Hola! Esclavo!...

Plantado como un babiécá!...
Qué haces con los ojos fijos
de la señora condesa
en la ventana?... Pues digo!
Esclavo! á ver si te acercas!
El señor conde te llama.

ESCENA IV.

EL CONDE, YAQOUB.

YAQOUB.

Dueño, aquí me tienes.

CONDE.

Llega.

Contra tí fué pronunciada
ayer, rígida sentencia
que merecias.

YAQOUB.

Si, dueño.

CONDE.

Mas una palabra regia
te salvó. Quieres, esclavo,
un instante, centinela
ser de tu libertador,
velando junto á su puerta,
sin separarte un momento?
Quieres?

YAQOUB.

Poco me interesa

donde voy, ni donde quedo,
ni de donde vengo.

CONDE.

Sea:

y si el rey acaso sale,
dirígete á la otra puerta.
Luego vendré á relevarte.

YAQOUB.

Bueno, dueño, cuando quieras.

ESCENA V.

YAQOUB.

Por qué toda una noche, cual yo mismo,
sin cerrarse ha velado su pupila?
Á los bordes tal vez de un hondo abismo
su corazon anjélico vacila.
Un momento la he visto... su quebranto
con llanto en sus mejillas se escribia...
Por ahorrarla una gota de ese llanto
toda mi sangre, Alá. yo te daría!

ESCENA VI.

YAQOUB, BERENGUELA, *que antes de salir levanta
la tapiceria para asegurarse de que Yaqoub
está solo.*

BERENGUELA.

Yaqoub!

YAQOUB. *(Estremeciéndose, y corriendo, hácia
ella.)*

Oh!... cuan pálida!

BERENGUELA.

Sufro demasiado!

no es nada...

YAQOUB.

Sufrís?

BERENGUELA.

Sufro mucho... tanto!

YAQOUB.

Vos no habeis dormido?...

BERENGUELA.

Vos tampoco, esclavo...

La noche sus sombras
agrupaba en vano,
que siempre os he visto
inmovil, parado,
siempre en mi ventana
los ojos clavados.

Decidme, qué hacíais,
qué hacíais, esclavo?

YAQOUB.

Lo que ayer hacia

que vale mas... que mi trono
de tu boca un «yo te amo.»

INÉS.

Y yo os quiero con fervor,
que vos sois el alma mia,
y es tanto por vos mi amor,
que á faltar este, señor,
de seguro moriria.

REY.

Esa corte aduladora
mi amor y tu amor no entiende,
y en su egoismo, señora,
esta pasion no comprende
que las dos almas devora.

¿A qué me persiguen, pues,
con esos gritos de guerra?

Aquí yo tengo á mi Inés
y ella, tan solo ella es,
mi único amor en la tierra.

Apartad,... no quiero, no,
la espada quieta estará...
no he de desnudarla yo,
que basta la sangre ya
derramada en Montereau.

(óyese el ruido lejano del cañon.)

Inés, oiste un rumor?...

INÉS.

El trueno será ..

REY.

Es verdad.

INÉS.

Continúe nuestro amor,
y mientras tanto, señor,
que ruja la tempes'ad.

ESCENA VIII.

Dichos, EL CONDE abriendo bruscamente la puerta del fondo.

CONDE.

Despertad, señor!

INÉS.

Ah!

REY.

Quien atrevido...

Huesped, sois vos?... Quizá en esta morada,
para anunciar. lacayos hacen falta,
que llegar hasta el Rey es permitido?

CONDE.

Señor, oid el ruido
que entra conmigo por la abierta puerta,
y que uniendo su voz á la voz mia,
os dice por mi voz: «Señor, despierta!...»
(óyese el cañon.)

INÉS.

No es el ruido del trueno?

CONDE.

No, señora;

es la voz del cañon: fuerte y sonora
por el espacio zumba,
y esa voz que retumba,
y postra con su hálito al soldado
en el mortuorio lecho,
un eco encontrar debe
del rey, señora, en el dormido pecho.

REY.

Qué decís, conde?

CONDE.

Digo que el soldado
muriendo por su rey, perece honrado,
pero al morir, en torno su ojo gira
y á todas partes mira,
y á su señor no hallando,
esclama el fiel guerrero
su vida al cielo y á la muerte dando:
«Donde está el rey cuando por él yo muero?». .
Vuestros padres, señor, esa costumbre
á nuestros padres dieron,
y con ellos vencieron,
y al peligro con ellos se acercaban,
y allí donde era el riesgo mas terrible,
allí, señor, los reyes siempre estaban.
Que es muy duro, señor, á todo un pueblo
el ver, en su agonía,
que de él su rey y su señor reniega,
y, guay no llegue el dia
en que el pueblo cansado,
por la guerra postrado,
á su turno reniegue
de ese rey y señor que tanto ha amado!

REY.

Conde, olvidais tal vez...

CONDE.

Digo así mismo,

que es tal vez tiranía y despotismo
derrochar una herencia
con el sudor de un pueblo recogida
para darla, señor, á una querida;
á una torpe querida que malgasta
de la Francia el tesoro;
y si hierro no hallamos,
es que vuestra querida gasta el oro
que para hierro hallar necesitamos.
Qué dirían, oh Rey, vuestros abuelos
si hoy levantar sus espantados ojos
permitiesen los cielos?
Esos que con indómita arrogancia,
terror de las edades,
con mil y mil ciudades

enriquecieron su querida Francia?

Dirian...

REY. (*Interrumpiéndole.*)

Vive Dios, rebelde conde,
que con harta paciencia os escuchamos.
El suelo que pisamos,
el suelo de esa Francia descontenta,
solo Dios nos lo ha dado,
y de él, tan solo á Dios daremos cuenta.
Si nos place este Estado
dejar en abandono,
y que sin rey se quede,
tan solo Dios desde su escelso trono,
como Rey, como Dios juzgarnos puede.

CONDE.

Bien puede ya juzgaros,
que de esa Francia que llamasteis vuestra,
tan solo tres provincias,
señor, os quedan como regia muestra.
El inglés decidido y denodado
sin encontrar obstáculos avanza:
Juan sexto que es su aliado
sobre nosotros sus guerreros lanza;
y hasta, por fin, Felipe de Borgoña
con sus fieles soldados,
de Armañac y de Foix y de Bigorra
os roba los condados.
Es en vano, señor, que decididos
Pothon, Xaintraille, y Dunois y Narbona
defiendan aguerridos
con valor sin igual vuestra corona.
es en vano, señor! que mientras ellos
por su señor y Rey pierden la vida,
el rey, que sus esfuerzos no comprende,
se embriaga de amor con su querida.

REY. (*Interrumpiéndole con la mayor sangre fría.*)

Ya pues, que pareceis tan informado
decidnos, señor conde;
nuestro bosque de Auxerre libre, ¿ha quedado?

CONDE.

Si señor; pero á que...

REY.

Conde, repara
que allí voy á cazar. Tu halcon prepara.
Venid, Inés.

(*Sale.*)

ESCENA IX.

INÉS, CONDE.

CONDE. (*Deteniendo á Inés.*)

No por cierto;
vos os quedareis, señora,

porque de hablaros, ahora
ha llegado ya la vez.
Sois bella, mujer, sois bella!
es vuestra voz argentina,
vuestra mirada divina,
dulce vuestra palidez.
Mas ah! señora; esos ojos
que tersos párpados velan
y tanta pasión revelan
con su elocuente mirar,
mas valiera, sí por cierto,
que con golpe acelerado
le fuese á la parca dado
por siempre poder cegar.

INES.

Qué decís?

CONDE.

Porque á su influjo,
á su pasión y arrogancia,
debe sus males la Francia,
su pérdida la nación;
porque el rey Carlos, señora,
en vuestros brazos dormido
ya no despierta al rugido
del enemigo cañon:
porque de un rey la querida
puede ser de todo un reino,
ó un demonio del averno,
ó un querubén tutelar;
y vos, señora, de Francia,
de ese pueblo tan querido,
el ser habeis preferido
su demonio familiar.
Ya la débil monarquía
que se deshace en pedazos,
vuestros fatales abrazos,
pronto, muy pronto ahogarán;
y llegando los ingleses,
ante vuestros mismos ojos
de la Francia los despojos
entre sí repartirán.
Y vos, la causa de todo,
de todos aborrecida
y de todos perseguida,
para ocultaros huireis;
y alumbrarán vuestra fuga
las ciudades incendiadas,
y de madres desoladas
los lamentos oireis.

INES.

Gracia! gracia!

CONDE.

Á vuestro paso
nuestros hijos apreciados,
por la cuchilla diezmados,

á maldeciros saldrán ;
y su voz desgarradora
os perseguirá incesante,
y á vuestra vista , señora
los sepulcros se abrirán;
y en su lecho el moribundo,
su yerto párpado abriendo,
expirará, maldiciendo
á la que hundió su nacion ,
y de esposos , hijos, madres,
la voz siempre lastimera,
os seguirá por do quiera

con su eterna maldicion.

INÉS. (*Casi de rodillas.*)

Perdon ! perdon !... oh !... la mano
que causó mortal herida
puede tornar á la vida.....
Yo lo se mejor que vos. —
Á curar el mal causado
me consagro desde ahora.

CONDE.

Procuradlo pues, señora,
y aydaros quiera Dios!

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

BALTASAR; UN PAJE *con un halcon en el puño,*
YAQOUB *tendido sobre su piel de tigre,* CA-
ZADORES Y ESCUDEROS; *algunos señores de la*
comitiva del Rey paseando con EL PLATERO
poco despues EL REY.

BALTASAR.

Buena caza se prepara !
buena caza... como pocas.
Las huellas del javalí,
hoy al despuntar la aurora ,
distinguir me ha parecido...
veré de hallarlas ahora.
Por vida de San Huberto
que es la caza una gran cosa !

(*A Yaqoub.*)

Nos sigues tú ?

YAQOUB.

No.

BALTASAR.

Es verdad ,
á tí mejor te acomoda
pasar el tiempo tendido,

REY (*saliendo*)

Baltasar, el cuerno toma,
y haz la señal de partida ,
á ver si Inés está pronta.

(*Baltasar suena—Pausa*)

Hizo efecto la señal :

ya por allí el conde asoma...

(*Mirando y procurando distinguir el personaje
que le acompaña.*)

con...

ESCENA II.

Dichos , EL CONDE , JUAN DE ORLEANS.

ORLEANS.

Juan de Orleans.

REY.

Dunois !

Bien haya !...cuando deseo
una cosa , me la veo
cumplida al momento ya.

(*Le golpea la espalda con su mano.*)

ORLEANS.

Pláceme mucho , señor ,
que así me queráis honrar ;
mas.. si quisierais pegar
menos fuerte , monseñor...

(*Quítase el casco y se vé que ha recibido en la
cabeza una herida , cuya sangre corre to-
davía.*)

REY (*Retrocediendo*).

Sangre !... qué es esto ?...

ORLEANS.

No es nada ,

yo tengo el casco muy duro...

á un villano , de seguro
le mata la cuchillada.

REY.

Como es eso mi valiente !
te has batido ?

ORLEANS.

Y con honor :

bien lo hemos hecho , señor ,
bien se ha portado mi gente !

REY.

Entonces , para cazar
con nosotros , bueno fuera
que Xaintraille aquí viniera.

ORLEANS.

Tendrá mucho que tardar ,
que está Xaintraille prisionero.

REY.

Prisionero !

ORLEANS.

En el combate ,
y por él piden rescate.

REY.

Hola !—dó está mi platero ?

(Al platero que se acerca.)

Dí , qué queda en tu escarcela ?

PLATERO.

Solo en mil escudos de oro
consiste todo el tesoro.

REY *(A Orleans)*.

Si esto basta , corre , vuela ,
Salva á Xaintraille sin reparo.

ORLEANS.

No hay bastante , monseñor.
(El rey se vuelve hácia el platero).

PLATERO.

Si uno me queda , señor ,
niégume el cielo su amparo.

REY *(Tomando su gorro en el cual está engastada una corona)*.

Como á Xaintraille mucho aprecio ,
búscame entonces leal ,
de mi corona real
el diamante de mas precio.

PLATERO.

Este es el mas importante ,
y es , señor , el maspreciado.

REY.

Bien.

destrozando la corona , y arrojándo el diamante en el casco de Dunois).

Mi mas bello diamante
por mi mas bravo soldado.

CONDE.

Que era bueno ya sabia !

REY.

Narbona se encargará ,
y el rescate arreglará.
Cuenta me dará en su dia !

ORLEANS.

Señor , en este momento
la suya arregla con Dios.

REY.

Muerto !

ORLEANS.

Pereció por vos.
De Douglas contra el intento
la batalla presentar
quiso valiente , atrevido ,
y al verse , señor , perdido ,
la muerte se fué á buscar.

REY.

Pero Douglas estará
sano y salvo ?... dí , no es cierto ?
contesta...

ORLEANS.

Tambien ha muerto.

REY.

Muerto !... Qué me queda ya ?
Pereció mi fiel aliado !
Él de la Escocia venido
para abrazar mi partido...
Soy un rey bien desdichado !

(A Dunois).

y Rambouillet , y D'Aumale ,
y Ventadour...?

ORLEANS.

Percieron.

Como buenos sucumbieron.

REY.

Y mi ejército leal ?

ORLEANS.

Pedidle el humo , señor ,
al fuego que está apagado.

REY.

Destruído !...

ORLEANS.

Dispersado
por las tropas de Belford.
Nuestros soldados vencidos
en desorden se retiran
y los que al hierro no espiran
buyen siempre perseguidos
por el fuerte vencedor.
Tan solo el Rey si quisiera
volverlos á unir pudiera.

REY.

Pero como...

ESCENA III.

Dichos é INÉS.

IN *(acercándose al rey)*.

A Dios , señor !

REY *(sorprendido)*.

Te vas ?

INÉS.

Parto.

REY.

Me abandonas
tú tambien ?

INÉS.

Una mañana
me predijo una gitana
que yo llegaría á ser

querida de un Rey de Francia ,
y querida con esceso ,
y al oirla , lo confieso,
sentí un secreto placer :

Placer, porque Dios queria
de un monarca hacer mi amado,
y colocarme á su lado
para bien de la nacion,
para que yo, su querida,
velase junto á su trono,
del pobre pueblo en abono
con maternal corazon.

Mas... hoy mismo me han contado,
y bien tarde lo he sabido,
que de ese pueblo querido
no erais vos, señor, el rey:
pues el que francés se llama
y ha nacido en este suelo,
no se apresura con zelo
á obedecer vuestra ley.

De vuestro título y rango
dueño Belford se proclama,
y con orgullo se aclama
del suelo francés señor ;
y pues que vos á su orgullo
no oponeis vuestra arrogancia,
Belford es el rey de Francia
y yo me voy con Belford.
(*Hace ademan de marcharse.*)

REY.

Tened, Inés !

(*A Savois.*)

Díme, conde,
tienes acaso en tu tierra
un buen alazan de guerra
en que un rey pueda montar ?

CONDE.

Señor, tengo el de mi padre.

REY.

Ese pues, para mí quiero.

CONDE (*A un escudero.*)

A vos os toca, escudero,
la órden del rey acatar.

(*Vase el escudero.*)

REY.

Y tienes una armadura
que siente bien á mi talla,
y en un dia de batalla
un rey se pueda poner ?

CONDE. (*Señalando las panoplias.*)

Elegid, señor.

REY.

Elijo

la mas fuerte y mas segura.

CONDE. (*Señalando una á otro escudero.*)

Descolgad esa armadura
y cubrid al rey (1).

REY.

Saber,

conde desearia ahora
si fué prospero tu viaje ?

CONDE.

A Juan sexto dí el mensaje.

REY.

Bien... se lo diste. Y despues ?

CONDE.

Promete que su convenio
con Belford ha de ser vano,
y con mil lanzas, su hermano
mandará al campo francés.

REY.

Y en cambio de esto, qué pide ?

CONDE.

Pide, señor, casi nada :
de condestable la espada
para su hermano.

REY.

Y no mas ?

CONDE.

No mas, señor.

REY.

De tu mano

que la reciba deseo,
y á darle su nuevo empleo,
Savoisy, tú mismo irás.

(*El conde se inclina. -- Á Dunois.*)

Calzad, Dunois, mis espuelas.

(*Dunois calza sus espuelas al Rey.*)

Savoisy, dadme una espada.

(*El conde le entrega una: el Rey la examina.*)

Esta no : no es bien templada
para una mano de rey.

Ya lo veis...

(*La rompe.*)

Se romperia,

si con ella arremetiera,
al primer golpe que diera
contra mi enemiga grey ;

(*El conde le presenta otra.*)

CONDE.

Tomad otra.

REY.

Bien está.

(*Á un escudero que le presenta su lanza.*)

(1) Desde estas palabras hasta el verso: calzad, Dunois, mis espuelas, los escuderos del Conde arman al Rey.

Dad mi lanza al sarraceno.

Mi casco ahora.

(Se lo dan, y cubre con él su cabeza.)

Sereno
el peligro me hallará.

(A los que estan en escena.)

Pues que guerra quereis, caballeros,
de la guerra marchemos en pos:
desnudad los brillantes aceros,
nuestra causa es la causa de Dios.

Ya mi mano el acero ha empuñado,
y en la vaina, por Dios, no ha de entrar
mientras quede tan solo un soldado
que conmigo se apreste á lidiar.

Á las armas! que tiemble la tierra
cuando pase mi bravo alazan,
y repitan mi grito de guerra
los soldados con bélico afan.

Á las armas! su orgullo y jactancia
humillar debe pronto Belford:
nuestra causa es la causa de Francia,
nuestra ley es la ley del honor.

*(Sale y todos le siguen. Yaqoub que ha recibido
la lanza real de manos de un escudero, sale
tambien.)*

CONDE. *(Deteniendo á Dunois.)*

De ese primer arrebató
moderad, Dunois, la llama
con que su pecho se inflama.

(A Inés.)

Ah! señora, honor á vos.
Del rey hicisteis un hombre
trocando nuestro destino.

INES.

Dios me ha abierto ese camino:
honor, pues, tan solo á Dios.

(Salen tras los otros.)

ESCENA IV.

BALTASAR. *en seguida* BERENGUELA.

BALTASAR.

Lo que es por hoy, vive Cristo,
ha variado nuestra caza.

El inglés es javalí
á quien astucia no falta,
y que costará no poco
el seguirle las pisadas;
pero en fin, allá veremos...

BERENGUELA. *(Levanta la tapiceria de su puerta).*
Halconero!

BALTASAR.

Noble dama?

BERENGUELA.

Ha partido con el rey
el conde?... que aquí encerrada,
saber no he podido...

BALTASAR.

No

el conde parte mañana,
pues aquí queda esta noche.

BERENGUELA. *(dándole una bolsa)*

Tomad para vos.

BALTASAR.

Oh! gracias!

Bendiga Dios vuestra mano.

BERENGUELA.

El no te niegue su gracia,

ESCENA V.

BERENGUELA.

Siento que toda mi sangre
hirviente zumba,
y esas paredes me ahogan
como una tumba!

Destrozado está mi pecho...

Ay! sufro tanto!

ni á vos, Señor, os apiada
mi eterno llanto!

Socorredme, Dios mio!

ESCENA VI.

BERENGUELA, EL CONDE.

CONDE *(asombrado)*.

Berenguela!

BERENGUELA.

Ya extranjera es tal vez, bajo este techo
la esposa que con júbilo amoroso
estrechasteis un dia en vuestro seno,
que así de verla os admirais?

CONDE.

Señora!...

BERENGUELA.

Creido había mi inocente pecho,
que antes acaso de romper el nudo
de romper los sagrados juramentos
bendecidos por Dios y por la Iglesia,
que antes que con dolor, dolor acerbo,
mis dias, mis amores y esperanzas
á sepultar partiera en un convento,
creido había, digo, que tocaba
á la esposa venir junto á su dueño
y, bañada en sus lágrimas, decirle:
«pues sois mi juez, señor, decid al menos,

qué falta cometiera aquesta esposa,
para así castigar con el desprecio,
con el divorcio infame, su cariño
y su amor hácia vos, su amor eterno?»

CONDE.

Si insultante una lengua, Berenguela,
si mentiroso un hombre, con su acento
manchara tu virtud con su sospecha,
juro á Dios, que cual hombre y caballero
arrepentirse hiciera al atrevido,
desmentirse obligara al indiscreto.

La mujer pura, la mas casta esposa
pudiera á tí tomarte por modelo;
mas el honor de Francia, Berenguela,
el honor de mi raza, lo primero,
piden un hijo, que á la edad futura
mis hechos y mi nombre transmitiendo,
pueda heredar mi orgullo y mis blasones,
el orgullo y blason de mis abuelos.

BERENGUELA.

Mas... yo os amo, señor... mi amor es mucho..
mi amor es grande, imponderable, eterno!
Cuando un dia hasta mí vos os bajasteis.
y trémulo me dijo vuestro acento:
«Me aceptais por esposo, Berenguela?»
sintió mi alma un placer, placer inmenso.
Creí entonces en vos, como la niña
cree en el Dios que invoca con su rezos,
como cree en su madre el tierno infante,
como cree en Mahoma el agareno;
y... os amo, Savois, y os amo tanto,
que es nada sin tu amor el mundo entero.
No desprecies mi amor, Carlos querido,
no hieles ese amor con tu desprecio,
no maldigas la frente de la esposa
que un dia se durmió sobre tu seno,
soñando que tu amor á par del suyo
seria grande, interminable, eterno.

CONDE.

Pero no veis, señora, que me falta
un hijo de mi título heredero,
y que muere conmigo el nombre ilustre
que un dia me legaron mis abuelos?

BERENGUELA.

Carlos, pues bien; para que Dios conceda
un hijo á nuestro amor, un hijo tierno,
yo vestiré el ropon de peregrino,
yo al lugar santo iré que esté mas lejos;
con rosario en la mano y pies desnudos
yo regaré con llanto mi sendero;
murmuraré las mas fervientes preces,
y ya límpido el sol brille en el cielo,
ya negra tempestad de pronto estalle
el sol y cielo y tierra oscureciendo,
sin reposo, sin vida, sin descanso,

jamás mi frente dormiré sobre un techo,
y si acaso el cansancio me postrase,
si acaso sucumbiese á duro sueño,
por reposar mi sien, iré en mi senda
los mas duros peñascos escojiendo...

CONDE.

Se ofusca tu razon.

BERENGUELA.

Qué importa!...

(amorosamente) Carlos!...

CONDE (severamente).

Señora!

BERENGUELA.

Dime, pues; partir ya puedo?

CONDE.

Imposible!

BERENGUELA.

Por qué?

CONDE.

Lo he dicho.

BERENGUELA (*levantando la cabeza con toda la
soberbia y arrebatado orgullo de una mujer
ofendida*).

Infamia!...

Infamia, si, de un corazon perverso!...
Otra esposa tomáis, y enviais la vuestra
á que lllore su amor en un convento...
Pues bien, sabedlo, conde... estoy celosa,
y terribles, mortales son mis celos!...
Guay pues, que cuando doble la rodilla
del altar sobre el sacro pavimento,
no mezcle la blasfemia mas terrible
con el mas puro y casto de mis rezos!...
Y guay que por los celos desgarrado
de Berenguela el inocente pecho,
sobre ella, sobre mí, sobre vos mismo
la maldicion no invoque de los cielos!

CONDE.

No escucha Dios la boca que delira.

BERENGUELA.

Si no tuvieseis corazon de acero,
si no albergaseis corazon de mármol,
invocaría, Carlos, un recuerdo:
os hablaría de esas dulces noches
que embriagado de amor y de contento,
pegados vuestros labios á mi frente
por palpitante y prolongado beso,
«Yo te amo — me deciais, — yo te adoro!»
y amante me estrechabas sobre el seno,
gozando tú en mi amor que era tu vida,
gozando yo en tu amor que era mi cielo.
Recuerda esas palabras, lo suplico,
recuerda de tu vida esos momentos,
concédeme tu amor que ardiente imploro,
y pagaré ese amor con tanto efecto,

con tal ofrenda de caricias dulces,
con tal tesoro de placer inmenso,
que envidia de mi amor tendrá la Francia,
que celos de mi amor tendrán los cielos.

(Arrodillada.)

De rodillas me tienes... yo te imploro!
devuélveme tu amor,... yo te lo ruego!
No separeis de mí vuestra mirada...
dejadme oír el embriagado acento
con que «os amo» decíais á la esposa
que hoy en vano hasta vos alza su ruego,
quemadas sus mejillas por el llanto,
desgarrado su pecho por los celos.
Gracia, señor!...

CONDE. (Procurando levantarla con el mayor afecto.)

Levántate!... es ya tarde.

BERENGUELA.

Para implorar piedad de vuestro pecho,
de vuestro pecho cual el mármol duro,
he acudido á la súplica primero:
á mis crueles dolores enseguida,
como mujer y esposa sucumbiendo,
mojadas mis mejillas por el llanto,
he pedido á mis males un consuelo;
y en fin, arrodillada á vuestras plantas,
á vuestro corazón — cual vos, de hierro, —
una sola palabra le he pedido...
Qué mas quereis aun?... hay otro medio?...
Hablad... pero, hablad, pues, si sois cristiano!..
Cuando se humilla á una mujer, al menos
se la consuela... se procura acaso
borrar su llanto... con afecto tierno
se la dice... no sé... mas algo dice
quien quiere á su amargura dar consuelo...
Se la dice de amor una palabra...
una sola... de amor ó de respeto...
Solo una... no quereis?... Maldito seas!

CONDE. (Tocando una campanilla, á cuyo sonido aparece un criado.)

Decidle al capellan que aquí le espero.

BERENGUELA. (Entrando en su aposento.)

Á Dios; señor, á Dios! Abrís mi tumba,
y á vuestra ley impia me someto;...
pedidle á Dios, Señor, que solo se abra
para absorber mi solitario cuerpo.

ESCENA VII.

EL CONDE, enseguida YAQOUB, poco despues EL
CAPELLAN.

CONDE. (Mirándola partir.)

Pobre mujer á quien el odio arrastra...
yo os amo aun, señora; si, yo os amo,

mas mi destino á despreciar me impele
lo que á mi pecho le es mas dulce y caro!

(Se vuelve y ve á Yaqoub.)

Otra vez aquí estas. Yaqoub, qué es esto?

YAQOUB.

Como un perro á otro dueño me entregaron
mas como perro rompo mi cadena,
que es fiel el perro si es el dueño ingrato.
(Estiende su piel de tigre en su acostumbrado
sitio, y se tiende perezosamente sobre ella.)

CONDE.

Aquí te queda pues, si te acomoda,
que aunque del Rey mi dueño eres esclavo,
yo te saqué de tu pais precito
y me incumbe, despues del soberano,
derecho sobre tí de vida y muerte.

(Al capellan que entra.)

Capellan, á partir se ha resignado
ya por fin Berenguela.

(Yaqoub levanta la cabeza y presta atencion.)

Este castillo

fuerza es que trueque por la paz de un claustro:
al convento que elija acompañadla,
pero volved aquí sin mas retardo,
que espero aquí á Isabel hoy mismo, luego,
y para unirme al rey mañana parto.
Enterado ya estais; por consiguiente,
apresuraos, padre, apresuraos.

YAQOUB.

Alá!

(Levantándose.)

Dueño!...

CONDE.

Aun!

YAQOUB.

Ayer mañana

le ofrecistes un don al pobre esclavo:
la libertad. Intentas hoy de nuevo
ofrecerle este don por él rehusado?

CONDE.

La ofrecí, y te la doy. Cumplir es fuerza
lo que una vez ha prometido el labio.

(Toma de encima de la mesa un pergamino, es-
cribe en él algunas palabras, aplica su sello,
y se lo da á Yaqoub.)

Á Dios.

YAQOUB.

Gracias.

(Sale el conde; — El capellan llama á la puer-
ta del aposento de Berenguela; se abre; sale
por ella una mujer cubierta con el velo y vis-
tiendo un traje igual al de la condesa)

CAPELLAN.

Consuélate hija mia!

Dios toma en cuenta de una esposa el llanto!

YAQOUB. *(Siguiendo con los ojos á la mujer.)*

Á Dios, ángel, á Dios! tú descendiste
de la bóveda azul, y al pobre esclavo
consuelo le prestaste en su agonía,
consuelo le prestaste en su quebranto.
Que Alá te recompense tu servicio,
llamándote por ángel á su lado!

ESCENA VIII.

YAQOUB, BERENGUELA.

BERENGUELA. *(Desde el umbral de su aposento.)*

Yaqoub!

YAQOUB. *(Asombrado y mirando tan pronto á Berenguela como á la puerta por donde ha salido la otra mujer.)*

Cielos!... Berenguela!

BERENGUELA.

Qué hay en mi voz que os asombre?

YAQOUB.

Berenguela, aquí os quedais?
con el capellan entonces
ha partido...

BERENGUELA.

Mi doncella.

YAQOUB.

No sabeis?...

BERENGUELA.

Todo.

YAQOUB.

Que el conde...

BERENGUELA.

Esclavo, que sé te digo
la desdicha que me impone.

YAQOUB.

Mas... no sabeis que aquí mismo
una mujer bella y noble
con él se enlaza...?

BERENGUELA.

Qué dices?...

YAQOUB.

Y la está aguardando el conde...?

BERENGUELA.

Tú mientes!...

YAQOUB.

Y la capilla
preparan para esta noche...?

BERENGUELA.

Mientes!

YAQOUB.

Y ha ido en su busca
Andres, al que dieron orden
de apellidarla condesa...?

BERENGUELA.

Mientes, digo!

(En este momento, Isabel, conducida por Andrés, llega á caballo, por la puerta del fondo del patio. El conde se dirige á ella y la ofrece la mano para bajar.)

YAQOUB.

Pues entonces...

(Mostrando á Isabel y al conde.)

mirad: qué decís ahora?

BERENGUELA. *(Abatida.)*

Nada.

YAQOUB.

En sus brazos la coje,
mirad.

BERENGUELA.

Anatema!

YAQOUB.

Y vuelve

á abrazarla con transporte...

BERENGUELA. *(Cubriéndose con ambas manos la cara, y presa de la mayor desesperacion. Oh!...)*

YAQOUB.

Y nada decís?

BERENGUELA. *(Cediendo á un arretrato de furor.)*

Que te amo.

(Quiere precipitadamente retirarse á su aposento: Yaqoub la detiene por el vestido.)

YAQOUB.

No os vayais!

BERENGUELA.

Me verá el conde.

YAQOUB.

Donde os puedo hablar?

BERENGUELA.

Aquí.

YAQOUB.

Cuando?

BERENGUELA.

Esta noche. *(Entra en su cámara.)*

YAQOUB. *(Ebrio de placer.)*

Esta noche!

ACTO QUINTO.

Es de noche, — Arden dos candelabros encima de la mesa.

ESCENA PRIMERA.

LOS ARQUEROS *sentados junto á la chimenea comiendo y bebiendo*; YAQOUB *tendido sobre su piel de tigre, junto á la puerta de Berenguela.*

JUAN.

Esceleste es el venado.

ANDRES.

Al cazarle no creia
que tan pronto serviria..
Yoqoub, quieres un bocado ?

YAQOUB.

No tengo hambre.

ANDRES.

Pues aquí
lindamente la tenemos
y de lo bueno hebemos

JUAN.

Por Cárlos de Savoisy !
bebe, y apuran con él su vaso los demás.)

ANDRES.

Por nuestra nueva condesa !

JUAN.

Tiene razon nuestro amigo.

YAQOUB.

Infames !

ANDRES.

Qué dices ?

YAQOUB.

Digo,
y el decírtelo me pesa,
sin ir mas lejos, que ayer
con esos hombres bebias,
y un brindis les proponias
que aceptaban con placer.
Solo en tu solicitud
el nombre no mas cambiabas.
y otra condesa nombrabas
por beber á su salud.

ANDRES.

Pues bebe tú por quien quieras.

YAQOUB.

Yo no bebo.

ANDRES.

Pues ! estamos ?
si acaso te incomodamos,

mas quizá te divirtieras
yéndote fuera á pasear.

YAQOUB.

Me acomoda aquí quedarme.

ANDRES.

Pues empieza por no hablarme

JUAN.

Y concluye por callar.

YAQOUB.

Tengo algo mas que decir.

ANDRES.

Pues despacha.

YAQOUB.

Si hay alguno
que con su celo importuno
se apresure á repetir
tu audaz brindis... por mi fé, —
y ya sabeis cuan escaso
soy de palabras ;—su vaso
en su cara romperé.

ANDRES.

A mí ninguno me humilla.
(Se levanta amenazando á Yaqoub. Los otros le detienen.)

JUAN *(bajo á Andres.)*

Muerte buscas tan villana
cual Raimundo ?

(se oye sonar la campana).

UN ARQUERO.

La campana
nos llama ya á la capilla.
(Vánse lanzando á Yaqoub amenazadoras miradas.)

ESCENA II.

YAQOUB, *en seguida* BERENGUELA.

YAQOUB.

Giaours, cuan lentos partisteis !
creia que no os marchabais,
y eternamente os quedabais
para atormentarme, aquí :
que robe Alá tantos dias
á vuestra vida y anhelo,
cual minutos de consuelo
habeisme robado á mí !

(Levantando la tapiceria del cuarto de Berenguela.)

Venid , ya no estan :

á buscaros vengo...

Berenguela , ois ?

No me oís?... Qué es esto ?...

Nazarenos viles !

siento en mí un infierno...

Mi corazon pugna

por romper mi pecho.

Berenguela !... acaso.,.

no me oís ?

BERENGUELA *(apareciendo)*

Silencio !

YAQOUB.

Por fin !

BERENGUELA.

Ya no hay nadie ?

YAQOUB.

Nadie puede veros.

BERENGUELA.

Apagad las luces.

(Yaqoub las apaga.—El teatro queda en la mas profunda oscuridad.)

YAQOUB.

En este momento

allá en la capilla

con sacro himeneo...

BERENGUELA.

Callad... oh ! callaos!

saberlo no quiero.

Decid ; en torno al castillo

cuande de noche pasábais

y de la luna mirabais

el melancólico brillo ;

cuando en la arena sentado

palpitaba vuestro pecho ,

por los rencores desecho ,

por los celos lacerado ;

cuando la aurora riente

en el confin asomaba

y un rayo á morir enviaba

en vuestra tostada frente ,

muellemente adormecido

entonces por el beleño ,

jamás habeis hecho un sueño ,

á este sueño parecido...

De la tarde al declinar

en el desierto , sentado

junto á la tienda , admirado

estabais en contemplar

la nube que se enrojece

cuando el sol , que la campaña

con luz purpurina baña

en su seno le adormece :

y en tanto que brisa pura

vuestros cabellos mecia

con poética armonia

con su soplo de ternura ,

una mujer de occidente

Berenguela allí llamada ,

á vuestro lado sentada

daba un beso en vuestra frente ;

y su aliento cariñoso

con el vuestro confundia ,

y amorosa os repetia :

« Yaqoub , te sientes dichoso ?

YAQOUB.

Berenguela , por piedad !

de oir esto me creéis dueño ?

BERENGUELA.

Pero , decid ,... ese sueño ,

le habeis hecho ?

YAQOUB

Si en verdad ,

y mil veces.

BERENGUELA.

Y cansado

de soñar , os despertabais ,

y allí solo os encontrabais ,

solo , pobre , abandonado ,

Pues bien , si en aquel momento

un hombre hasta vos viniera ,

(ángel ó demonio fuera)

para deciros : « yo intento

en realidad amorosa

tu dulce sueño trocar ,

mas necesito en tí hallar

fidelidad asombrosa ,

obediencia la mas ciega

por solo un dia , un instante

en pago fiel y constante

del placer que se te entrega ;

obediencia cual no en vano

la presta á su dueño el perro ,

cual al herir presta el hierro

cuando le impele una mano : »

¡ ¡ , Yaqoub , á precio tal ,

hubieras , quizá dudado ?

No hubieras , dime , comprado

tu porvenir eternal ?

YAQOUB.

Si , reconozco poder

en un ángel solamente

para hacer que ciegamente

le pueda yo obedecer.

BERENGUELA.

Y bien ! oidme , pues... quereis un dia

retornar al desierto alegremente ,

y que el soplo que allí la brisa envia

amante bese vuestra erguida frente?
 Quereis allí, al albor de la mañana,
 del nopal á la sombra cariñosa,
 ver tendida la inmensa caravana
 que un momento no mas tal vez reposa?
 Quereis vuestros caballos arrogantes
 que acudan á las voces de su dueño,
 mientras cuenta su dueño los instantes
 en los brazos del ángel de su sueño?
 Decid.

YAQOUB.

Vuestra mirada me revela
 que algo espantoso pedireis sin duda.
 No es cierto?... mas no importa, Berenguela.

BERENGUELA.

Vuestras palabras llamaré en mi ayuda.
 Dijisteis, recordad: « Si por acaso
 un hombre hubiese de terribles ojos,
 que su paso siguiese vuestro paso,
 que en vos enojos diesen sus enojos,
 si su mirada con afán ardiente
 hiciese sucumbir vuestro denuedo,
 mas que proteja Mahomet su frente
 preciso es señalarle con el dedo.»
 Lo dijisteis?

YAQOUB.

Es cierto; mas un hombre
 derecho, dije, que á vivir tenia

BERENGUELA.

Ninguno.

YAQOUB.

Si.

BERENGUELA.

Y si acaso fuera?..

YAQOUB.

El nombre!

BERENGUELA.

El conde.

YAQOUB.

El conde!.., infierno! Lo temia.

BERENGUELA.

El conde! lo entendeis? el conde digo!

YAQOUB.

No puede ser.

BERENGUELA. (*Haciendo ademán de marcharse.*)

Quedad pues, en buen hora.

Á Dios, Yaqoub!

YAQOUB.

El cielo me es testigo
 que mi vida le debo.

BERENGUELA.

Á Dios.

YAQOUB.

Señora,
 nombradme por piedad otro cualquiera.

BERENGUELA.

Y qué otro para vos fué mas tirano?

YAQOUB.

Otro nombradme: aunque mi padre fuera,
 yo tendría al herir firme la mano.

BERENGUELA.

La vida le debeis!... Y qué es la vida
 si os robó patria, libertad, anhelos,
 los amores tal vez de una querida,
 de una madre los plácidos consuelos?
 Su esclavo sois, Yaqoub.

YAQOUB.

Ya no, cristiana.

Renace para mí la antigua estrella,
 que al despedirme el conde esta mañana
 me dió la libertad.

(*Enseña la firma del conde.*)

BERENGUELA.

Y os dió con ella
 ese amor hácia mí, nunca estinguido,
 ese amor que por él os fué robado?

YAQOUB.

Berenguela... no sé... mas yo he creído...
 perdonad si tal vez voy engañado...
 que vuestra boca... dijo... que me amaba.

BERENGUELA.

Si.

YAQOUB.

Entonces, pues que tanto nos amamos...
 antes en proponérselo dudaba...
 esta noche...

BERENGUELA.

Y bien! qué?

YAQOUB.

Juntos huyamos.

BERENGUELA.

Sin herir?

YAQOUB.

Sin herir. Para vengarte
 su conciencia te queda.

BERENGUELA.

Y para amarte
 necesito que seas su asesino.
 Piensas, esclavo, que es mi amor bastante,
 ó piensas que es mi pecho tan mezquino,
 que de dos hombres pueda ser la amante?
 Piensas tú que insultándome el primero
 le dejaré tranquilo en este mundo,
 y sonriendo en mis brazos placentero,
 palparé de amor junto al segundo?
 Ó piensas que en un alma cual la mia
 para dos hombres hay sitio bastante?
 Si en esto, esclavo, tu pasión confía,
 tu confianza es tan vil como insultante!

YAQOUB.

Berenguela !

BERENGUELA.

Ya todo está concluido.

Vete.

YAQOUB.

Piedad !

BERENGUELA.

Aunque á mi amor le tarde,
un hombre he de encontrar mas atrevido,
un alma, aunque no fiel, menos cobarde,
que por el oro hará tal vez un dia
con firme corazon, mano segura,
lo que tú, despreciando el alma mia
no quisistes hacer por mi ternura.

YAQOUB.

Berenguela !

BERENGUELA.

Responde, pues, responde !

Del corazon audaz de una cristiana
todo el tesoro que de amor esconde
yo te daré... Matar quieres al conde ?..
Contesta pues.

YAQOUB.

Le mataré mañana.

BERENGUELA.

Mañana !... y esta noche, enamorado,
cual á mí un dia, la dirá : «Te adoro,»
y de amor y placer arrebatado
le dará de caricias un tesoro.
Mañana !... Esclavo, y dí, qué haré yo en tanto ?
Ella de amor espirará en su seno,
yo, túbias mis mejillas por el llanto,
de rabia apuraré todo el veneno.
Mañana estaré loca !... Tú deliras !
Tú quieres que yo sufra cual ninguno,
tú quieres que esta noche, entre mis iras
me arranque los cabellos uno á uno :
que me tuerza los brazos insensata,
que sucumba á mis lágrimas y duelos...!
Mañana, dices, tu puñal le mata...
y si mañana he muerto ya de celos ?
No tienes celos tú ?

YAQOUB.

Oh !

BERENGUELA.

Si te decia :

»Allí el conde, de amor, mil y mil veces
»entre mis brazos apurara un dia
»la copa del placer hasta las heces,»
me oirias, Yaqoub, sin que deshecho
sangre brotara tu angustiado pecho ?

YAQOUB.

Señora, por piedad !

BERENGUELA.

No estás celoso ?

no lo estás?... oye pues : mi alma le amaba
con esa furia y frenesí espantoso
que siempre vive, que jamás acaba.
Cuando tras una ausencia le volvía
á mis brazos su amante y fiel martirio,
eran llores.... y gritos... y alegría...
y de éxtasis y risas un delirio
mas... tú no entiendes !... tú no estas celoso !

YAQOUB.

Callaos .. ó matadme, Berenguela !

(Saca el puñal.)

BERENGUELA.

Le estrechaba en mi seno cariñoso...
este recuerdo el corazon consuela...
Gemia entre mis brazos palpitante
adorando mis mórbidos hechizos,
y ébrio, entusiasta, voluptuoso, amante,
besaba ardiente mis flotantes rizos !

YAQOUB.

Y yo en tanto vertiendo amargo lloro...

BERENGUELA. *(Señalando la cámara del conde.)*
Era allí, allí mismo !

YAQOUB.

Calla ! calla !

Tú lo quieres, Alá !

BERENGUELA.

Tanto le adoro,
que el alma mia es de su amor vasalla,
y aunque ultraja mi amor en este dia,
si su mano tendiérame amorosa,
á sus plantas, esclavo, yo caeria
palpitante, entusiasta, cariñosa.

YAQOUB.

Decid.... decid... cuando quereis que hiera ?

BERENGUELA.

Él vivo, aun me queda una esperanza ;
él muerto, te amaré de tal manera
como ni el cielo ni la tierra alcanza.

YAQOUB.

Pronto estoy, manda pues.

BERENGUELA.

Que halle es preciso
junto á su cama su sepulcro abierto
(Mostrándole la cámara del conde.)

Arrostra de ocultarte el compromiso.

Hiere, Yaqoub... y huyamos al desierto.

(Se ve por el patio avanzar el conde conduciendo de la mano á su nueva esposa. Les preceden dos pajes con hachas encendidas. Á su alrededor criados, arqueros, etc.)

TODOS.

Viva nuestra condesa ! Viva el conde !

BERENGUELA. (*Amargamente.*)

Con su esposa. Isabel ya el conde viene...
Esclavo, date prisa... allí te escondo...
Infierno!... dí, Yaqoub, qué te detiene?
Apresúrate pues.. es tu partido!
Dudas?... vacilas?... Oh! por fin cobarde...
(*De rodillas.*)

Yaqoub, por mi cariño te lo pido!
(*Levantándose.*)

Condenacion! condenacion! ya es tarde!
(*Le empuja violentamente, por un movimiento desesperado y le hace entrar en el cuarto del conde enseguida se arroja tras el reclinatorio. El conde atraviesa la sala y en la puerta del aposento despide á su servidumbre*)

ESCENA III.

Dichos, EL CONDE é ISABEL.

CONDE.

Gracias, gracias! retiraos!
En vuestros rezos y preces
rogad una y muchas veces
por mi condesa Isabel.

(*Salen todos por la puerta del fondo. El conde y su esposa entran en su aposento. A medida que se alejan las antorchas, el teatro vuelve á quedar en la oscuridad. Berenguela se levanta lentamente.*)

BERENGUELA.

Rogad por él, no por ella...
por él á quien su amor tarda,
y á quien la muerte le aguarda
de su cuarto en el dintel.

(*Estremeciéndose.*)

Parecióme... no... no es nada.
Si su valor sucumbiera.
Si engañarme pretendiera...
Yaqoub engañarme así!
Cuanto tarda!... esto es eterno!...
Pero qué espera, Dios mio!
Tan solo en él yo confío...
Si me engañase...

CONDE (*dentro*).

Ay de mi!

BERENGUELA. (*Bebiendo un veneno que saca de su pecho.*)

Savoisy, conde funesto,
si no es estrecha tu tumba
resérvale en ella un puesto
á la que tanto te amó.

ISABEL (*dentro*).

Socorro!

YAQOUB. (*Saliendo y andando hácia atrás, pá-*

lido, conmovido, el puñal ensangrentado en la mano.)

Huyamos!

ISABEL. (*Atravesando la escena y saliendo por la puerta del fondo.*)

Socorro!

YAQOUB.

Tras mi viene!

CONDE. (*Levanta la tapicería de su cámara y llega arrastrándose hasta la mitad del teatro. — Toda esta escena debe llevarse muy rápida.*)

Estoy perdido!

Tú, Yaqoub! tú me has herido!

BERENGUELA. (*Apoyando sus dos manos sobre los hombros de Yaqoub que la oculta á los ojos del conde, y haciéndole caer de rodillas á fin de ser vista de Savois.*)

Conde, no, no es él, soy yo!

CONDE (*espirando*).

Be...ren...gue...la!

YAQOUB (*levantándose repentinamente*).

Y bien, señora...

yo necesito olvidarlo,
que ha sido infamia el matarlo...

Ven, mujer... conmigo ven.

BERENGUELA. (*Fijos los ojos en el cadáver.*)

Un momento todavía...

Un instante solo espera
y... me entrego toda entera...

YAQOUB.

Mujer, ya llegan... Y bien!
qué es esto?... dime... vacilas...
Tu tardanza el pecho hiela...
dudas? tiemblas?... Berenguela,
tu fe así me guardas hoy!
Oyes?... Ya llegan... huyamos!
aun nos queda la esperanza...
es eterna tu tardanza!
Berenguela!

BERENGUELA. (*Espirando*).

Tuya soy...

(*Cae sobre el cadáver del conde.*)

YAQOUB. (*Cogiéndola por los cabellos y levantando su cabeza.*)

Alá! qué es esto?... su pecho
no late... su mano yerta!
condenacion!.. está muerta!
Todo lo comprendo!

ISABEL. (*Compareciendo con toda la servidumbre del conde y criados con hachas encendidas.*)

Allí,

allí está; venid señores.

TODOS.

Yaqoub!

ANDRES.

Oh! jndto á su presa!

(Acercándose y reconociendo á Berenguela.)

Ah! Dios mio! la condesa!
muertos ambos...

YAQOUB.

Muertos, si.

(Se inclinan sobre los cadáveres. Yaqoub se adelanta.)

Los que llevais , naciendo en esta tierra,

como perros dogal hereditario ,
los que en la paz viviendo ó en la guerra
cobrais de vuestros dueños el salario,
gruñid junto á sus míseros despojos,
junto al sepulcro por Yaqoub abierto...
Yo, lágrimas no encu ntro ya en mis ojos...
Yo libre , soy...

(Saca el pergamino del conde y lo enseña.)
y torno á mi desierto!

FIN DEL DRAMA.